ADMINISTRACION GENERAL
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

UN DIA EN EL GRAN MUNDO.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

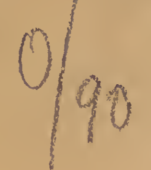
D. EDUARDO ZAMORA CABALLERO.

Representado por primera vez en Madrid en el teatro de Variedades en el mes de Febrero de 1863.



MADRID:
IMPRENTA DE LA SRA. VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,
calle del Factor, número 14.

1863.



CATÁLOGO

de la Aministracion general de obras dramáticas y líricas

de don Francisco Rubio,

calle de San Pedro Mártir, núm. 12, cuarto 2.º

OBRAS DRAMÁTICAS EN UN ACTO.

Títulos de las obras.	Nombres de los autores.	Precios.
Al que se hace de miel.	D. Manuel García Gonzalez. . .	4
El huérfano ó el niño mendigo.	Laureano Sanchez de Garay.	4
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!	Eduardo Zamora Caballero. . .	4
Las pesquisas de mi suegro. . .	Manuel García Gonzalez. . .	4
Los dos preceptores.	Manuel Breton de los Herreros.	4
La mujer debe seguir al marido.	José D'Araujo.	4
Los misterios de la calle del Gato	Manuel García Gonzalez. . .	4
Misterios de la calle del Gato.. ,	Manuel García Gonzalez. . .	4
¡Presente, mi general!	Luis Rivera.	4
Triana la Macarena.	Eugenio Sanchez de Fuentes.	4
Vida prosáica.	Antonio María Segovia. . . .	4

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.	Eugenio de Olavarria. . . .	6

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Achaques de la vejez.	D. Eulogio Florentino Sanz. . .	8
Don Tello de Guzman.	Manuel García Gonzalez. . .	8
El padre de familia.	Luis Rivera.	8
El honor y el trabajo.	Idem.	8
¡Españoles, á Marruecos! . . .	Diego Segura.	8
Las aves de paso.	Luis Rivera.	8
La princesita.	Laureano Sanchez de Garay.	8
La fragata Belona.	José D'Araujo.	8
La piedra de toque.	Eduardo Zamora y Callallero.	8
Loco de amor.	M. de Cuendias.	8
Pecados del siglo XIX.	José D'Araujo.	8
Un dia en el gran mundo.	Eduardo Zamora Caballero. . .	8

ZARZUELAS EN UN ACTO.

Atala y Chactas.	Libreto.	D. Pedro Escamilla.	4
	Música (1).	Modesto Julian.	140
Cada loco con su tema.	Libreto.	Graciliano de Puga.	4
	Música.	Manuel Crescj.	120
Casado y soltero.	Libreto.	Luis de Olona.	4
El amor y el almuerzo.	Idem.	Idem.	4
Gracias á Dios que está puesta la mesa.	Idem.	Idem.	4
La cotorra.	Idem.	Idem.	4
La pupila.	Música.	Joaquin Miró.	160
La cruz de los Humeros. . . .	Idem.	Manuel Crescj.	200
La zarzuela (Mitad).	Libreto.	Luis de Olona.	4
Lo que de Dios está.	Idem.	Graciliano de Puga.	4
	Música.	Manuel Crescj.	140

---

(1) Toda partitura que se pida por los representantes de esta galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

UN DIA

EN EL

GRAN MUNDO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro de Variedades en el mes de Febrero de 1863.

A su amigo D. Franc.co González Manrique
E. Zamora

MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1863.

Á

D. ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Querido Enrique: En el momento en que escribo estas líneas, ignoro aún la suerte que espera á esta comedia, cuando dentro de unos dias sufra el inapelable fallo del público. Cualquiera que este sea, yo siempre miraré esta pobre obra con particular predileccion sólo por llevar en la primera de sus páginas el nombre del más querido de los amigos de

E. Zamora y Caballero.

APROBADA POR LA CENSURA.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA, 23 años.	STA. SANZ.
CLARA, 21..	SRA. HIJOSA.
LA MARQUESA, 60..	ORGAZ.
DON CENON, 60..	SR. MARIO.
LUIS, 30.	PARDIÑAS.
ERNESTO, 24.	MORALES.
EL VIZCONDE, 50.	VICO.
CÁRLOS, 23.	ESTESO.
ARTURO.	N. N.
SANDOVAL.	N. N.
UN CRIADO.	N. N.

La accion en Madrid.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO.

Salon amueblado con extraordinario lujo. Puerta al fondo y laterales. En primer término dos veladores con libros, albums y multitud de periódicos nacionales y extranjeros. A la derecha un secretaire.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA.—LUIS.

La primera sentada junto al velador de la izquierda hojeando un album de retratos: y el segundo al lado del velador de la derecha, con un periódico en la mano.

LUIS. Y sigue la oposicion
tenaz en hacernos guerra.
(*Leyendo.*)
«No se halla sobre la tierra
mas desgraciada nacion;
nuestros propios gobernantes
nos conducen al abismo.»
(*Declamando.*)
Todos los dias lo mismo.
Veamos otro. (*Toma otro periódico y lee.*)
«Los amantes
del órden y la moral
tienen que reconocer
que no podemos tener
gobierno mas paternal.
Hoy todos son adelantos,
hay prosperidad, hay oro,
se guarda el patrio decoro

sin lágrimas ni quebrantos;
nunca se apela al registro
de violencia ni ultraje.»
(*Dejando el periódico.*)
Basta. Conozco el lenguaje:
esto lo ha escrito el ministro.
(*Toma otro periódico.*)
«El que todo vaya mal
no es cosa que nos sorprende
pues el gobierno no emprende
una marcha liberal.
Toda la situacion
trastorna, atropella y vicia.»
(*Deja el periódico y toma otro.*)
«La sociedad se desquicia
triunfa la revolucion.
La libertad es fatal
á los pueblos donde impera,
aunque diga lo que quiera
la prensa ministerial.»
(*Toma otro periódico.*)
«Los órganos del gobierno,
periódicos que por oro
han vendido su decoro.:.»
(*Declamando.*)
Basta. Con pesar interno
sigo esta lid que no cesa
y ya cansándome voy.
(*Dejando el album.*)

MARQ. Qué trae la prensa de hoy?

LUIS. (*Levantándose.*)
Pche! Lo de siempre, marquesa.
En todo vierte veneno
la oposicion y halla males,
mientras los ministeriales
todo lo encontramos bueno.

MARQ. Es verdad, porque ha crecido
de tal manera el cinismo!...
En tiempos de absolutismo
podian haber venido!
Yo me acuerdo que una vez
salió el rey á pasear,
y uno le osó criticar

con sándia desfachatez.
Salieron unos versitos
en que dijo el infeliz
que era la regia nariz
una trompa...

LUIS. Qué delitos!

MARQ. Ya ves qué profanacion!
Pues bien, al autor cogieron.

LUIS. Y qué?

MARQ. Que me lo tuvieron
un año en la inquisicion.

LUIS. Caros versos!

MARQ. O me engaño...
ó no tantos hoy se hicieran
si al que escribe lo tuvieran
en la inquisicion un año.

LUIS. Y usted leia?...

MARQ. No tal.
A mi gusto no se ajusta.

LUIS. (A mi suegra la disgusta
todo lo que es racional.)
Pues suelen ser buenos ratos
los que se pasan leyendo.

MARQ. Yo me distraia viendo
este álbum de retratos,
y hacia una observacion.

LUIS. Veamos cuál.

MARQ. No te asombres;
mas son mas feos los hombres
desde que hay constitucion.

LUIS. En tiempo del rey, quizá
mejor la raza seria.

MARQ. En guardias de corps habia
unos muchachos... que yá!

LUIS. Hola! con que usted?...

MARQ. Luis...
no vayas á sospechar...

LUIS. Por Dios! quiere usted callar?
Pues es un grano de anís!

MARQ. Mas cuando su majestad...
con noble y airoso porte,
rodeado de su corte
salia por la ciudad,

era aquello una delicia
que alegraba el corazon.
Nada de constitucion,
ni cámaras, ni milicia,
ni de respeto á la ley,
ni de igualdad ni falsía...
La libertad consistia
en gritar: «Que viva el rey!»
El cual, con bondad extraña
cuidaba los intereses
del país.

LUIS. Y á los franceses
mandaba invadir á España.

MARQ. En medio de azares mil
mostró exquisita prudencia;
legándonos por herencia...

LUIS. Justo. La guerra civil.

MARQ. Tú, como buen periodista
y además ministerial,
opinas...

LUIS. Soy liberal.

MARQ. (Dicen por ahí que pancista.)

LUIS. (*De pronto mirando el relój.*)
Pero... ¿que veo?... son ya
las diez dadas y he olvidado
que mi padre habrá llegado.

CENON. Luis... Luis... (*Dentro.*)

LUIS. Aquí está.

(*Luis se echa en brazos de don Cenon que entra por el foro, seguido de un criado, que trae al hombro una maleta, saco de noche y sombrerera, cuyos objetos entra en la habitacion á que conduce la segunda puerta de la derecha; volviendo á salir inmediatamente por la puerta del foro.*)

ESCENA II.

DICHOS.—DON CENON.

CENON. Muchacho, gracias á Dios.

LUIS. Padre mio!

MARQ. (*Saludando.*) Caballero...

CENON. (*Volviendo á abrazar á Luis.*)
Aprieta firme... canario!
En casa ¿estais todos buenos?
Señora, aunque usted perdone...
¿Usté es la suegra? Me alegro!
¿Trata usté bien á mi chico,
ó lo trata como á yerno?
LUIS. Padre mio...
CENON. Pche! las suegras
suelen ser mal elemento
en las casas.
MARQ. Don Cenon!
CENON. Yo soy francote en extremo
y le digo á todo el mundo
las verdades del barquero,
y al que se pica, le rompo
el alma... y amigos luego.
MARQ. (Qué bárbaro!)
LUIS. (No ha cambiado.)
CENON. Tenia tantos deseos
de dar un abrazo al chico...
Ya se ve, no ha ido á su pueblo
en doce años, y yo
tampoco he venido á verlo.
Cuando estaba en Zaragoza
de estudiante de derecho
venia por los veranos:
pero desde que el mancebo
quiso venirse á Madrid
y echarla de caballero,
y aquí acabó su carrera
y se hizo hombre de provecho...
que parece que nos dijo
«si te he visto no me acuerdo...»
LUIS. Padre mio, ya usted sabe
que no hay límite en mi afecto.
CENON. Lo supongo. Mas... qué quieres?
muchas noches en el pueblo
pasaba pensando en tí,
y en que ya voy siendo viejo
y necesito el arrimo
de alguno que... mas dejemos
esto á un lado. Y tú mujer?

Cómo es que aquí no la veo?
Y tu cuñada?

MARQ. Están buenas.

LUIS. Quizá se estarán vistiendo.

CENON. (*Despues de mirar á Luis.*)
Caramba! Y estás muy guapo
desde que yo no te veo.
Ese vigote te da
un aire así de respeto...
Hombre, si hubieras venido
antes de casarte al pueblo,
te busco yo una muchacha...

LUIS. Pero, padre...

MARQ. Caballero...
(Este hombre es un hotentote.)
Que estoy yo aquí.

CENON. Ya lo veo.

MARQ. Su hijo de usted se ha casado
con una jóven modelo
que lleva un título ilustre
y tiene nobles abuelos,
que más de una vez delante
del mismo rey se cubrieron.

CENON. Pues déles usté expresiones,
y que sigan todos buenos,
que á mí la buena crianza
que he aprendido allá en mi pueblo
ante el rey y ante el villano
me manda estar descubierto.
Hombre... Luisito, á propósito...
con el alma te agradezco
la manera que has tenido
de recibirme.

LUIS. Lo siento
mas se me pasó la hora
y...

CENON. Si vinieras al pueblo
saliera yo á quince leguas
á recibirte, y con tiempo.
Y no que al llegar aquí,
yo que en la córte soy nuevo,
tuvo que tomar un coche,

buen armatoste por cierto
y para encontrar tu casa
dar las señas al cochero,
el cual por una peseta
dando de palos al penco,
ha tenido la bondad
de traerme, no sin riesgo,
pues las calles de Madrid
parecen despeñaderos.

Luis. Espero que usted perdone...

Cenon. Bien, hombre, no hablemos de eso...
Y qué tal?... trabajas mucho?

Luis. Si señor.

Cenon. Vaya... me alegro.
Yo, cuando tú me dijiste
que en vez de venir al pueblo
querias quedarte aquí
para introducirte en eso...
de periodismo; me dije...
—no piensa mal el mancebo—
y aunque envias cada letra,
que á decir la verdad tiemblo,
ya ves que las pago todas
y que no estoy descontento.

Luis. Muchas gracias, padre mio.

Cenon. No te lo digo por eso;
ya sabes que yo soy rico
y son mis gastos pequeños;
pero mira que los tuyos,
chico, son...

Luis. No puedo menos.
Director y propietario
de un periódico, yo debo
vivir de cierta manera.

Cenon. Lo comprendo, lo comprendo.
Y qué tal? hay suscritores?

Luis. No deja en verdad de haberlos.

Marq. Por de pronto, todos los
que viven del presupuesto
lo son.

Cenon. Pues no serán pocos.
Pero á tus gastos volviendo...
Me diste una acometida

cuando lo del casamiento...
Señora, estuve tentado
por abandonar el pueblo,
y trasladarme á la corte
y romperle un par de huesos.
Pero me dijo un amigo,
que vino aquí por un pleito
y las conoció á ustedes,
que no era mal casamiento;
porque aunque usté, segun dicen,
tiene bastante mal genio,
y la chica es mal criada
y orgullosilla en extremo,
al fin tenian un título
y unos pergaminos viejos;
y aunque estaba su fortuna
de bastante mal aspecto,
siendo yo rico, podia
conducirlas á un arreglo.
Y como á Luis convenia
para acercarse al gobierno
hacerse con relaciones
de gente gorda, por eso
yo, sin añadir palabra
le dí mi consentimiento.
Abrí la bolsa, pagué
á todos los usureros,
y al chico escribí una carta
llena de buenos consejos
diciéndole, — de tu suegra,
puesto que tiene mal genio,
no hagas caso, á tu cuñada
procura casarla presto;
á tu mujer con buen modo
puedes educar de nuevo;
hazla bajar el orgullo,
que si despues de algun tiempo
no la has desenmarquesado,
tráela unos meses al pueblo
que yo te la he de poner
más mansita que un cordero:
que la mujer y el caballo
cuando el que los doma es diestro,

por mucho que se encabriten
al fin se rinden al freno.

MARQ. Usted sabe con quién trata?

CENON. No, pero sé á quien mantengo.
Y mire usted, la verdad,
yo tenia peor concepto
de ustedes. Usted parece
una mujer de provecho,
que habrá tenido sus quince,
señora, muy medianejos.
Aquí en la casa se observa
que hay bastante buen arreglo
y veo que mi Luisito
no parece descontento.
Yo vengo por pocos dias
porque deseaba verlos;
y yo la prometo á usted
que antes de marchar al pueblo
la diré cuanto me ocurra
de lo que no ande derecho
en esta casa; pues yo
soy muy franco.

MARQ. Ya lo veo.
(Jesus, qué hombre tan soez!)

LUIS. (Estoy sufriendo un tormento.)
Padre mio: si usted quiere
que en el gabinete entremos,
podrá mudarse de traje.

CENON. Vamos andando. Hasta luego.
(*A la marquesa. Don Cenon y Luis salen por la segunda puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

MARQUESA.—Luego ELISA y CLARA.

MARQ. Reniego hasta de la hora
en que se hizo el casamiento.
Qué padre! la culpa es mia,
que con mi ilustre abolengo

consentí en unir el título
de mi hija, al nombre plebeyo
de ese aragonés imbécil
tan solo por el dinero.

ELISA. (*Saliendo con Clara por la primera puerta de la izquierda.*)
Mamá!

MARQ. Venid, hijas mias.

CLARA. Cómo estás?

ELISA. Algo te encuentro.
Has pasado mal la noche?...

MARQ. No, y vosotras?

CLARA. Yo en un sueño.

MARQ. No es mala señal. (*A Elisa.*) ¿Y tú?

ELISA. Perfectamente.

MARQ. Me alegro,
No sabeis quién ha llegado?

ELISA. El padre de...

MARQ. (*Interrumpiéndola.*)
Si por cierto.
el padre de tu marido.

ELISA. Ah! voy á verle.

MARQ. (*Deteniendo á Elisa que ha hecho ademan de marcharse hácia la derecha.*)
Un momento.
Deja que venga él aquí.

ELISA. Mamá, yo creo que debo...

MARQ. Debes saber ser marquesa.

ELISA. Y qué?...

MARQ. Decírtelo siento,
hija mia, mas no sabes
absolutamente serlo.
Una mujer de tu clase,
ya de cometer el yerro
de hacer una boda así
de tan poco lucimiento,
debe hacer que su marido
la trate con gran respeto:
porque al fin las clases, hija,
son clases.

ELISA. Pero yo creo...

MARQ. Marquesa de Flor del Rio
eres tú.

ELISA. Ya lo sé, pero...
MARQ. Y tu esposo es don Luis
Moratilla, á palo seco.
Ya ves tú, si hay diferencia!
Ya sé que él tiene dinero
y en nuestro siglo, eso es
tener algo.
CLARA. Ya lo creo.
ELISA. Yo no me casé con él
por interés, yo le quiero.
MARQ. Elisa yo no me opongo
á que le quieras, mas siento
que no te des dignidad.
ELISA. Me la daré á lo que entiendo
honrando al padre del hombre
cuyo honroso nombre llevo.
MARQ. Dí más bien que él lleva el tuyo:
pues los dos por lo que veo,
usais el título ilustre
de tu padre y de tu abuelo.
Tu marido en esta casa
no pone mas que el dinero;
el oro, que es un metal
que por mezquino y plebeyo
los nobles lo despreciamos.
CLARA. Sí, cuando no le tenemos.
MARQ. Lo mismo que tú, Clarita.
(*Clara que habrá estado distraida ocupándose en examinar los objetos que hay sobre uno de los veladores, se acerca á la marquesa.*)
CLARA. Yo mamá!
MARQ. Todo lo veo.
Por qué nos visita Cárlos?
CLARA. Creo que será por vernos.
MARQ. Sí, por vernos ó por verte.
CLARA. No lo sé.
MARQ. Yo lo sospecho
y creo que sus visitas
no te disgustan, mas debo
advertirte que estoy pronta
á cortar tal devaneo.
Qué es Cárlos? Qué nombre tiene?
CLARA. Se llama Cárlos Montero

y es teniente de navío
de la armada.

MARQ. Buen provecho.

CLARA. Sirve al país y á la reina.

MARQ. Pero es hijo de un tendero;
y para colmo de faltas
no tiene más que su sueldo.

CLARA. Justo.

MARQ. ¡Para que se hubiera
atrevido en otro tiempo
á traspasar los umbrales
de la casa de tu abuelo!
Pero hoy! qué inmoralidad!
ya no hay clases! no hay respetos!
En fin, hoy llega la audacia
de sándios escritorzuelos
á sostener con razones
que no crió el Padre Eterno
un Adan para los nobles
y otro para los plebeyos.
Como si fuera posible
que nosotras, por ejemplo,
descendiéramos del mismo
tronco que nuestro cochero.

CLARA. (Ya tenemos para rato.)

ELISA. Alguien viene.

CRIADO. (*A la puerta.*) Don Ernesto
de Sandoval y el señor
vizconde del Arco.

MARQ. Bueno;
que pasen.

ERNESTO. (*Entrando por el foro seguido del vizconde.*)
Señoras mias...

MARQ. Sandoval... Vizconde. (*Saludando.*)

CLARA. Ernesto!

ESCENA IV.

DICHAS.—ERNESTO.—VIZCONDE.

ERNESTO. Clarita, á los piés de usted.
Y Luis? (*A Elisa.*)

ELISA. Mil gracias, bueno.

ERNESTO. Acaso habrá ya salido.
Si sabrá que el ministerio...
ELISA. Está adentro con su padre,
que ha llegado de su pueblo,
ERNESTO. Ah! lo celebro infinito.
ELISA. Muchas gracias.
VIZCOND. Y está bueno?
MARQ. Ustedes van á reirse
cuando le vean. Ernesto
sobre todo, que es burlon
como buen gacetillero.
ELISA. (*Con dignidad.*)
Creo que no habrá motivo.
VIZCOND. (*Como continuando con Clara una conversacion que habia emprendido aparte desde el principio de la escena.*)
Clarita, por qué ese ceño?
CLARA. Es aprension.
MARQ. (*A Ernesto.*) Pues el padre
es un honrado labriego
aragonés y muy rico.
ERNESTO. (Ojo!)
MARQ. Y que tiene en el pueblo
gran influencia.
VIZCOND. Lo sé,
es elector y de peso.
MARQ. Pero, amigo, el pobre hombre
no es, por quien soy, un modelo
de buen tono.
VIZCOND. Es natural.
ERNESTO. Siempre metido en el pueblo
será francote...
MARQ. Algo más.
VIZCOND. Un poco brusco.
MARQ. No es eso.
ERNESTO. Un poco... rinoceronte?
MARQ. Justo.
VIZCOND. Ja!... ja!...
ELISA. Caballero! (*Con severidad.*)
(*A la marquesa con tono de respetuosa y suplicante reconvencion.*)
Mamá!!...
MARQ. Hija, en confianza.

ELISA. Si ustedes siguen los dejo.
VIZCOND. Por mi parte he concluido.
ERNESTO. Yo mis labios no despliego.

ESCENA V.

DICHOS.—DON CENON.—LUIS.

LUIS. (*Saludando á Ernesto y al vizconde.*)
Señores...
VIZCOND. (*Dando la mano á Luis.*)
Marqués...
LUIS. (*Dándola á Ernesto*). Ernesto...
CENON. (*A Luis señalando á las dos jóvenes.*)
Cuál de ellas es tu mujer?
ELISA. (*Yendo á abrazar á don Cenon.*)
Papá...
CENON. (*Abrazándola y contemplándola con satisfaccion.*)
Hija mia! (*A Luis.*) Esto es ser
una moza! Por supuesto
que él, muchacha, no es tampoco
un!... Caramba qué bonita! (*A Luis.*)
Chico, si es una perlita;
yo me hubiera vuelto loco.
A haber tenido tu edad
y ser como tú abogado,
no te la hubieras llevado
con tanta facilidad.
ELISA. Gracias.
CLARA. (Qué contento está.)
ERNESTO. (Pues el viejo es una fragua.)
CENON. Se me hace la boca agua
cuando me llamas papá.
Yo tenía prevencion
contra tí... fuí un majadero;
pero desde ahora, te quiero
con todo mi corazon.
Aquí mi cariño empieza
y de que es justo respondo,
que no puede haber mal fondo
bajo tan buena corteza.

Y aunque tu madre, en verdad...
mas callo, que si prosigo
antes de un minuto digo
alguna barbaridad.

ELISA. Cómo!

CENON. Sí, chica, no hay más
Conozco mis tonterías,
mas creo que en pocos dias
tú me civilizarás.
Señora, hacia usté bien (*A la marquesa.*)
en mantenerse en sus trece.
Mi chico no la merece.

LUIS. Eso digo yo tambien.

ELISA. Luis!...

CENON. (*Por Clara.*) Y esta es la hermanita?

CLARA. Servidora.

CENON. Yo lo soy
de usté, á contar desde hoy.

CLARA. Gracias.

CENON. (Tambien es bonita.)
Cuando te vean á tí (*A Luis*)
acompañando á este par
te envidiarán á rabiar
todos los mozos de aquí.

VIZCOND. (Qué tipo!) (*Aparte á Ernesto.*)

EENESTO. Por lo que veo
es tonto. (*Aparte al vizconde.*)

CENON. Estoy deseando
mirarte ya acompañando
á las dos en el paseo;
y detrás, porque sino
juntos mal contraste haremos,
las dos tarascas iremos.

MARQ. Qué tarascas?

CENON. Usté y yo.

MARQ. (¡Jesús!)

LUIS. (*Interponiéndose.*) Papá, estos señores
quieren saludar á usté.

CENON. Y yo los saludaré
Luisito, con mil amores.

ERNESTO. (*Saludando á don Cenon.*)
Soy su amigo y servidor.

LUIS. Don Ernesto Sandoval

escritor ministerial.

CENON. Pues saludo al escritor.

LUIS. Diputado que con brio
á la oposicion responde,
presento á usted al vizconde
del Arco.

CENON. Muy señor mio.

VIZCOND. (*Dándole la mano.*)
En adquirir su amistad
tendré gran placer.

CENON. (Te veo.)
Tambien servirle deseo
si le soy de utilidad.
Usté es nuestro diputado?

VIZCOND. Tengo en ello gran honor.

LUIS. El celoso defensor
de nuestro pueblo.

CENON. Es probado.
Mucho el hallarle me agrada.

VIZCOND. (Adios! algun encarguito.)

CENON. Como nadie en el distrito
le conoce.

ERNESTO. (Qué estocada!)

VIZCOND. Si, soy poco conocido
por allí.

CENON. Ménos que poco.

ERNESTO. (O es muy pillo ó está loco.)

CENON. Yo ni siquiera he sabido
que usté existia, hasta que
en la eleccion de este invierno
vino una órden del gobierno
para votar por usté.

VIZCOND. Una recomendacion.

CENON. Y buena, al que resistia,
el alcalde lo metia
por de pronto en la prision.

VIZCOND. Allí un gran triunfo alcancé
aun siendo esos datos ciertos.

CENON. Vaya! Sobre treinta muertos
han votado por usté;
y fue lo mas singular
que allí los muertos votaban
y los vivos se quedaban

casi todos sin votar.
Pero en fin, usté salió
y al distrito á buena cuenta
en las Córtes representa.

Luis. Por él celoso abogó
mas de una vez.

Cenon. Lo sé ya.
Y aunque allí nunca entendemos
los discursos que leemos,
él me los explicará.
Por cierto le voy á dar
un asunto de valor
por el que puede el señor
al gobierno interpelar.

Vizcond. Hombre, una interpelacion
en mí pareciera mal.

Cenon. Qué? por ser ministerial
no tiene usted opinion?

Vizcond. Y que es ello?

Marq. (*A sus hijas.*) (¡Desatinos!)

Cenon. Quiero, señor diputado
que hable usté del mal estado
en que se hallan los caminos.
Yo desde mi pueblo á aquí,
aunque en berlina he venido,
le juro á usted que he sufrido
lo que en mi vida sufrí.

Vizcond. Están tan mal por ventura?

Cenon. Yo por mi...

Clara. (*A Elisa.*) A gustarme empieza.

Cenon. No me he roto la cabeza
porque la tengo muy dura.

Vizcond. (¡Qué hombre tan original!)

Elisa. Está tan mala esa via?

Cenon. A fe no me costaria
el viaje ni un real
si, como indemnizacion,
cosa á la verdad no rara...
el gobierno me pagara
á peseta por chichon.

Todos. Já, já, já...

Cenon. Y á la verdad
que yo aunque no soy muy ducho,

bien pronto y sin hablar mucho
dijera con brevedad
al gobierno...

ERNESTO. Qué diria?

CLARA. A ver?

CENON. Ustedes, señores
saben que obras son amores,
lo demás es tontería.
Y no encuentro conveniente
con tantas contribuciones
que se llene de chichones
el pobre contribuyente
cuando quiere viajar;
con que manos á la obra,
y ya que el dinero sobra
sépanlo ustedes gastar.

VIZCOND. Famosa peroracion.

ERNESTO. (Razones de pié de banco.)

CENON. Señores, yo soy muy franco,
como que soy de Aragon.
Y siempre he hablado lo mismo,
y todo el mundo me entiende,
y si cualquiera me ofende
pronto le rompo el bautismo.
Así en mi pueblo disfruto
una fama...

MARQ. (Qué patan!)

CENON. Ustedes quizá dirán
que esto es ser un poco bruto;
pero yo que no adivino
de disimular los modos,
suelo llamar ante todos
al pan, pan; y al vino, vino.

LUIS. (*A Ernesto que ha sostenido con él una conversacion bastante animada.*)
Con que la crísis aumenta?

ERNESTO. Si tal.

CENON. Crísis... y qué es eso?

VIZCOND. Hoy tambien en el Congreso
amenaza una tormenta.

LUIS. Resistirá el gabinete.

VIZCOND. Difícilmente podremos...

ERNESTO. Y si acaso cae, qué hacemos?

(Pobre Luis! está en un brete.)
LUIS. Luchar con la oposicion
que nuestra rüina labra.
VIZCOND. Yo tomaré la palabra.
ERNESTO. (Pues adios la situacion.)
CENON. Con que el ministerio está
en peligro?
ERNESTO. Así parece.
CENON. Pues mire usted, si perece
una lástima será;
porque si aquí esa desgracia
á muchos les satisface,
á los pueblos no les hace
maldita de Dios la gracia.
Pues con su buen entender
ellos siempre han preferido
lo malo ya conocido
á bueno por conocer.
LUIS. Entremos en mi despacho,
es necesario que hablemos.
VIZCOND. Como usted quiera.
ERNESTO. Sí, entremos.
CENON. (*A Luis que ha quedado pensativo.*)
Tú no te apures, muchacho.
MARQ. Yo voy á mi tocador.
(*Vase por la segunda puerta izquierda.*)
VIZCOND. (*Mirando á Clara.*)
(Si aquí mi suerte no es mala,
en conquistas no me iguala
don Jaime el Conquistador.)
(*Sale con Luis y Ernesto por la primera puerta derecha.*)

ESCENA VI.

ELISA.—CLARA.—DON CENON.

CENON. Preocupados están.
ELISA. Metidos en la Babel
de la política, toman

por ella gran interés.

CLARA. Vaya un gusto! Todo el dia
se lo pasan con Russell
y con Palmerston y Pitt
y con Sir Roberto Peel,
y con la cuestion de Italia
y con la de Oriente, que es
el caballo de batalla
dicen, de yo no sé quién;
y luego las elecciones
y la baja del papel,
la crísis de la moneda,
la deuda sin interés;
y otras mil deudas que á todos
los llevan á mal traer.

CENON. Lo que es en cuestion de deudas
bien habrá entre ellos, quien
le pueda dar quince y falta
al inventor del deber.
Pero... hablemos de otra cosa.
Dime, Elisa, quieres bien
á tu marido?

ELISA. Quien duda
de mi amor?

CENON. Y, qué tal? él
se conduce como debe?
Es hombre honrado?

ELISA. Lo es.

CENON. Y se mira en tus ojuelos?
y te quiere mucho, eh?
Mira que si no te quiere
como te debe querer,
ó acaso te trata mal
ó te da celos, yo haré
que aprenda mal que le pese,
á portarse como es ley.

ELISA. No tengo queja ninguna.

CENON. De veras?

ELISA. Le juro á usted...

CENON. Tú tambien serás muy buena?

ELISA. Papá...

CENON. Yo averiguaré
tus mañitas, y si veo

algo que no encuentre bien
perdemos las amistades.
Con que dí, qué vida haceis?

ELISA. Yo me levanto temprano.

CLARA. Tambien yo.

CENON. Cuándo?

CLARA. A las diez.

CENON. Vamos, más tarde sería
á las doce. Dime, y él (*A Elisa.*)
á qué hora se levanta?
á la misma?

ELISA. No lo sé.
El duerme en su gabinete
y yo en el mio.

CENON. Con que él
distante de tí? prosigue.
(No comprendo.)

ELISA. Yo despues
de saludar á mamá
paso á hacer mi *toilette.*

CENON. Dime muchacha, y qué es eso?

ELISA. Es vestirse.

CENON. Está muy bien:
y luego?

CLARA. Mientras yo toco
el piano, suele leer.

CENON. Ah, sí, su devocionario.

CLARA. Las novelas de Soulié.

ELISA. Ay papá, son muy bonitas.

CENON. Si que lo serán.

CLARA. Despues
viene Ernesto.

CENON. (*A Elisa.*) Y tu marido?

ELISA. A ese no le suelo ver
hasta despues de almorzar.

CENON. Con que viene Ernesto, eh? (*A Clara.*)
Y qué hace aquí el periodista?

CLARA. Nada; nos suele traer
noticias de los teatros
y de los bailes.

CENON. Muy bien.

ELISA. Luego almorzamos.

CENON. Y Ernesto?...

CLARA. Generalmente tambien
almuerza.

CENON. Vamos, me gusta.
Y á Luis cuándo le ves? (*A Elisa.*)

ELISA. Entonces nos saludamos
y tomamos el café
juntos, á no ser que tenga
en la redaccion que hacer,
ó almuerce con el ministro
ó en la fonda.

CENON. Bien, muy bien.

CLARA. Luego vamos á vestirnos.

CENON. A vestiros otra vez?

CLARA. Si tal, para ir á las tiendas
en traje de *negligé*.

CENON. Hola! vais todos los dias?
Pues hijas, reunireis
un almacen de vestidos.

ELISA. No tal, no lo crea usted.

CENON. Comprando diariamente!

CLARA. No siempre compramos.

CENON. Pues
á qué vais?

ELISA. A ver las telas
que se reciben, y á ver
los últimos figurines,
y los adornos y...

CENON. Bien.

CLARA. En fin, á pasar el tiempo.

CENON. Es decir, á revolver.
Pues mira que á los tenderos
les dará un gustazo... ¿y quién
os acompaña á las tiendas?

ELISA. Ernesto.

CENON. Y luego ¿qué haceis?...

ELISA. Luego volvemos á casa,
nos vestimos...

CENON. Y van tres.

CLARA. Y recibimos visitas
hasta la hora de comer.

CENON. Y Ernesto?

ELISA. Se va á su casa,
á las Córtes, al café...

CENON. (Gracias á Dios.)
ELISA. En seguida
comemos.
CENON. Y comereis
en familia, con tu madre,
y tu marido? muy bien.
ELISA. Generalmente el vizconde
del Arco, y aun dos ó tres
de nuestros amigos, suelen
comer con nosotros.
CENON. Pues
los convidais diariamente?
CLARA. Eso no estaria bien.
En las casas de buen tono
es ya muy sabido, que
todo el que se halla presente
á la hora de comer
se sienta á la mesa y come.
CENON. Pues si es de buen tono. Amen.
ELISA. Tenemos muchos amigos.
CENON. Sí, á las horas de comer,
no han de faltaros estómagos
que os quieran favorecer.
CLARA. Luis come en el Casino
casi siempre.
CENON. (Que babel!)
CLARA. Luego vamos á vestirnos.
CENON. Es decir... por cuarta vez.
ELISA. Y salimos á paseo.
CLARA. Pero en coche, nunca á pié.
ELISA. Ernesto nos acompaña.
CENON. Vamos, Ernesto, bien.
CLARA. O nos estamos en casa
hasta las nueve ó las diez
en que vamos al teatro
real.
ELISA. Y alli suelo ver
á Luis, que me visita
en mi palco.
CENON. Está muy bien.
Y Ernesto?
ELISA. Nos acompaña
luego á casa y toma el té

con nosotras, menos cuando
vamos á algun baile, y él
tiene que vestirse en tanto
que nosotras dos, tambien
nos vestimos.

CENON. Y van cinco.

CLARA. Si no hay baile, allá á las tres
nos acostamos.

CENON. ¿Y nunca
ha ocurrido que á las seis
de la mañana, se venga
Ernesto, para saber
si habeis cogido ya el sueño
ó estais desveladas?

CLARA. Qué!
A esa hora ó está escribiendo
ó duerme.

CENON. Dichoso él!
Yo todo el año á esa hora
llevo dos de estar en pié.
Y vuestra madre ¿qué hace?

ELISA. Oh! tiene mucho que acer!

CLARA. Pertenece á una docena
de cofradías.

ELISA. Tambien
nosotras, todos los jueves
enseñamos á leer
á los pobres.

CENON. Dais lecciones?
Dime y... y vosotras sabeis?

CLARA. Yo lo creo!

ELISA. Qué pregunta!

CENON. (No dejarán de aprender.)

CLARA. Todos los martes en casa
damos ademas un té
á los amigos, se juega
se baila... se canta...

CENON. Bien.

ELISA. En la casa hay mucho arreglo.

CENON. No lo dejará de haber
con esa vida.

CLARA. Sin duda.

ELISA. Con que ¿qué me dice usted?

CENON. Que lo que es tu esposo y tú
no es fácil que regañeis.
ELISA. Eso nunca ha sucedido.
CENON. Lo creo, pero ya ves...
ELISA. Qué?
CENON. Nada. (Qué iba á decir.)
ELISA. Le disgusta acaso?
CENON. Qué?
ELISA. Nuestra vida?
CENON. No por cierto.
Mas feliz no puede ser.
Os levantais, os vestís,
viene Ernesto, tomais té,
luego volveis á vestiros,
y viene Ernesto otra vez
y os vestís por vez tercera
y volveis á tomar té,
y Ernesto vuelve de nuevo,
y Ernesto vuelve á volver,
y vuelta á la vestimenta
y vuelta otra vez al té.
ELISA. Con que no encuentra usted mal?
CLARA. Más órden no puede haber.
CENON. No. Dime ¿gastareis mucho?
Luis no debe tener
grandes ahorros.
ELISA. Lo ignoro.
CENON. Tiene deudas?
ELISA. No lo sé.
El me da lo necesario
y yo nunca averigüé...
si tiene ó no tiene fondos.
CENON. Pues tú debias saber...
CLARA. Las señoras del gran mundo
no se ocupan nunca de
las cuestiones de intereses.
CENON. Pues señor... cómo ha de ser!
(O aquí todos están locos
á fuerza de tomar té,
ó lo estoy yo, ó no es posible
que esta casa acabe bien.)

ESCENA VII.

DICHOS.—UN CRIADO.

CRIADO. (*Desde la puerta del foro.*)
Señorita, la señora
me manda decir á usted
que espera en el comedor.
ELISA. Avisa al señor marqués,
y dile que cuando guste
almorzar...
CRIADO. Está muy bien.
(*Sale por la primera puerta derecha.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos el CRIADO.

CENON. Quién es el marqués, Elisa?
ELISA. Luis.
CENON. Luis! Pues no sé!...
Dónde ha ganado ese título?
ELISA. Es el mio!
CENON. El tuyo? Y él
ha abandonado su nombre
y lleva el de su mujer?
CLARA. Siendo un titulo, eso es cosa
que en la sociedad se ve
diariamente.
CENON. (Qué afrenta!)
ELISA. No sé qué le admira á usted.
Yo soy marquesa heredera
y marqués marido él,
mi madre marquesa viuda.
CENON. (*Interrumpiéndola.*)
Y Ernesto será marqués

amigo, y Clarita hermana,
y áun puede que yo tambien
alcance una parte alícuota
del noble título que
vosotras vais fraccionando
de manera tan cruel,
que reducireis á cero
las fracciones de marqués.

ESCENA IX.

DICHOS.—LUIS.—EL VIZCONDE.—ERNESTO.

Luis da el brazo á Clara, Ernesto va á dárselo á Elisa, pero don Cenon que está más cerca y ve su ademan, se interpone y le da el suyo.

CENON. Esta plaza está ocupada. (*A Ernesto.*)
VIZCOND. (*Pensativo mientras que Luis y Clara, don Cenon y Elisa salen por el foro.*)
(Si yo pesco una cartera!)
ERNESTO. (*Cogiéndose familiarmente del brazo del vizconde.*)
Capitula la soltera?
VIZCOND. No se rinde la casada?
ERNESTO. Con habilidad constante
yo doy siempre donde apunto.
VIZCOND. Yo soy el novio presunto.
ERNESTO. Yo soy el presunto amante.
VIZCOND. Hoy, si la suerte me ayuda
alcanzo el triunfo en amor...
Si además como orador
triunfo tambien...
ERNESTO. Quién lo duda?
VIZCOND. Nadie me podrá igualar,
ni empañar podrán la gloria
que con mi doble victoria
me prometo conquistar.
Soy del poder baluarte...
ERNESTO. (Pues yo, si cae en la lid
me voy como el rey David

con la música á otra parte.)
Hoy, aunque usted me avergüence
siento una vacilacion... (*Al vizconde.*)

VIZCOND. Es usted de oposicion?

ERNESTO. No señor. (Soy del que vence.)
(*Vanse por el foro. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

ELISA.—CLARA.

La primera sentada en primer término, la segunda entra por el foro con un paquete de cartas en la mano.

CLARA. Elisa, te iba buscando.
ELISA. Pues aquí me tienes, Clara. (*Se levanta.*)
CLARA. Quiero pedirte un favor.
ELISA. Un favor?
CLARA. Muy grande.
ELISA. Hábla.
CLARA. Tú sabes mis relaciones
con Cárlos.
ELISA. Sí tal, hermana.
CLARA. Pues mamá, que las sospecha,
de entrar en mi cuarto acaba,
y me ha echado tal sermon...
me ha dicho tales palabras,
que puedo decir me ha puesto
como de ropa de pascua.
ELISA. Clara... ¿cuánto más valiera
que ese capricho olvidaras?
CLARA Vas tambien á regañarme?
ELISA. Sólo te aconsejo.
CLARA. Gracias:
no son consejos, son obras
lo que yo deseo, hermana.

ELISA. Qué quieres?

CLARA. Decirte quiero
lo que de pasar acaba.
Mamá, por ver si en mi cuarto
alguna prenda encontraba
que probase mis amores
de una manera palmaria,
ha procedido á un registro
que ni un fiel de la aduana
lo hiciera tan minucioso.

ELISA. Sí?

CLARA. Ni con tanta desgracia.

ELISA. Desgracia!...

CLARA. Si, por que yo,
que algunas prendas guardaba
que la hubieran revelado
el secreto de mi alma,
las he podido ocultar
de una manera tan rápida
y segura, que en sus manos
no ha caido nada.

ELISA. Nada?

CLARA. Felizmente... y yo quisiera...

ELISA. Qué?

CLARA. Que tú me las guardaras.

ELISA. Clara, eso no está bien hecho:
engañar á mamá...

CLARA. Vaya,
si no quieres, no me arguyas;
dime que no y santas pascuas.
Mejor... así habrá disgustos,
y cuestiones, y jaranas,
y mamá tendrá rabietas
de que tú serás la causa.
Yo tendré ataques de nervios,
será un infierno la casa,
y que rian ó que lloren,
que estés buena ó estés mala,
seguiré queriendo á Cárlos
aunque nos lleve la trampa.

ELISA. Mujer, no te desesperes...
no tengas mal genio, Clara.

CLARA. (*Mudando de tono.*)

Ya sabes que yo soy buena,
y cariñosa, y callada,
y obediente como nadie.

ELISA. Obediente?

CLARA. Qué te extraña?
Cuando me mandan hacer
lo que á mí me da la gana.

ELISA. Esa es siempre tu costumbre.

CLARA. Y hoy con razon muy sagrada.
Qué... ¿piensas que no conozco
de esa oposicion la causa?
Mamá protege al vizconde.

ELISA. Pero él te ha dicho ya...?

CLARA. Nada;
porque yo cuando va á hablar
y conozco que se trata
de su pleito, le interrumpo,
y asi el pobre nunca acaba.

ELISA. El vizconde es buen partido.

CLARA. Lástima que estés casada!
que á no ser así, al momento,
chica, te lo traspasaba.
Mas yo tengo veinte pollos
que van batiendo sus alas
detrás de mi miriñaque;
y con tan gran retaguardia,
habia de dar á un viejo
esta mano? Elisa, habla.

ELISA. No, yo no digo...

CLARA. Primero
para tia me quedaba.
Mas vamos á lo que importa.
¿Te encargas ó no te encargas
de mis cosas?

ELISA. Pues te empeñas,
haré lo que quieras, Clara.

CLARA. ¡Qué buena! (*Acariciándola.*)

ELISA. Sí... zalamera!

CLARA. En tu secreter las guardas,
que no pueden molestarte.
Toma, un paquete de cartas...
(*Le va dando los objetos que marca el diálogo, los cuales coloca Elisa en el secreter que abre al efecto.*)

y un pañuelo con su cifra,
esta sortija esmaltada,
un brazalete de pelo,
una cruz de pecho, un áncora,
un corazon de marfil,
un alfiler y dos...

ELISA. Basta,
Clarita... ¿son tus bolsillos
una tienda de quincalla?

CLARA. Son los regalos de Cárlos.

ELISA. Pues si á este paso regala
y siguen tus relaciones,
tendremos que buscar casa.

CLARA. Toma su fragata, Elisa.

ELISA. Cómo! ¿Tambien su fragata?

CLARA. Un modelo de marfil.

ELISA. Ah!

CLARA. Toma.

ELISA. Hay más?

CLARA. Otra carta,
la que he recibido hoy.

ELISA. Ah! me permites... (*Ademan de leerla.*)

CLARA. (*Dándolo por supuesto.*) Hermana!

ELISA. (*Despues de leer la carta.*)
Discreto es el oficial!
no pone tu nombre, Clara.

CLARA. En ninguna.

ELISA. Muy bien hecho.

CLARA. ¿Con que tú desde hoy te encargas
de esas prendas?

ELISA. Si por cierto,
pero se me ocurre...

CLARA. Habla.

ELISA. No habrá que hacer inventario?

CLARA. Te burlas?

ELISA. Como son tantas
temo que se pierda alguna.

CLARA. Alguien llega. Adios, y gracias. (*Váse.*)

ESCENA II.

ELISA.—ERNESTO.

ERNESTO. (*Desde la puerta del foro.*)
(Está sola... qué fortuna!
La ocasion la pintan calva.) (*Se adelanta.*)
(*Elisa al oir los pasos de Ernesto ha guardado apresuradamente algunas de las cartas que aún conservaba en la mano cerrando de golpe el secreter.*)
ELISA. (Ah!)
ERNESTO. Creo que se ha turbado.
(Hola! un paquete de cartas!)
Elisa á los piés de usted.
ELISA. Ernesto! (*Saluda y se sienta en el confidente.*)
ERNESTO. ¿No me esperaba
á estas horas?
ELISA. Usted siempre
es bien venido á su casa.
ERNESTO. Gracias por la cortesía.
ELISA. No se sienta usted?
ERNESTO. (*Sentándose al lado de Elisa.*) Mil gracias.
Tenemos que hablar, Elisa,
de un asunto de importancia.
ELISA. Escucho á usted, mas no alcanzo...
ERNESTO. (Sí, ¡qué inocencia! no alcanza.)
¿Se acuerda usté, amiga mia,
de los baños de Arteaga
en donde tuve la honra
de que á usted me presentaran?
ELISA. Sí.
ERNESTO. Ya hace dos años largos.
ELISA. Es cierto.
ERNESTO. No sospechaba
conservar tantos recuerdos,
de aquella fecha tan grata.
ELISA. Hola! tiene usted recuerdos?
ERNESTO. Y usted, Elisa?
ELISA. Yo... nada.
ERNESTO. Pues tiene usté, amiga mia,

una memoria harto flaca.
Usted estaba soltera...
ELISA. Eso sí lo recordaba.
ERNESTO. Y estaba usted tan bonita...
como ahora.
ELISA. Muchas gracias.
(No sé por qué tengo miedo.)
ERNESTO. En torno de usted vagaban
todos los que á buscar fueran
salud en aquellas aguas.
ELISA. Vagaban... dice usted bien;
que si de mí se ocupaban
era solo porque allí
no tenian que hacer nada.
ERNESTO. Oh! no tal: yo sé de alguno
que á usted allí rindió el alma,
y que aún conserva el recuerdo...
ELISA. De qué?
ERNESTO. De que usted le amaba.
ELISA. Ernesto... no es oportuna
esa materia. (*Levantándose con disgusto.*)
ERNESTO. (*Insistiendo.*) ¿Qué causa
puede influir?...
ELISA. Al presente
soy una mujer casada.
ERNESTO. Y qué?
ELISA. Tengo obligaciones,
y obligaciones sagradas
que á cumplir estoy resuelta.
ERNESTO. (*Con intencionada indiferencia.*)
Pues yo conservo unas cartas,
hay muchas de ellas sin fecha...
hermosa letra! bastarda!...
y qué tinta usaba usted!
ELISA. Ernesto.
ERNESTO. Pues...
ELISA. Basta, basta.
ERNESTO. Hay algunas que parece
que de escribirlas acaban,
y, si por *casualidad*
á manos de Luis llegaran,
podria darle una broma,
pero broma algo pesada,

quien supiera en su provecho
explotar las circunstancias.

ELISA. Si tal, y luego podrian
hasta escupirle en la cara
todos los hombres honrados
que conocieran su hazaña.

ERNESTO. Elisa, ya los Quijotes
se han tornado Sanchos Panzas.

ELISA. Bien, ¿qué quiere usted decir?

ERNESTO. Calma, amiga mia, calma!

ELISA. Acabemos.

ERNESTO. Francamente.
¿Quiere usted tener sus cartas?

ELISA. Yo?

ERNESTO. Las devuelvo al momento.

ELISA. Es posible; gracias, gracias.
Más de una vez su recuerdo
consiguió turbar mi calma,
que aunque yo de su honradez
nunca pude temer nada,
como la paz del hogar
una nubecilla basta
para tornar en discordia,
no niego que deseaba
volviesen á mi poder
esas inocentes cartas.

ERNESTO. Inocentes! Sí, sin duda...
Sin embargo, allí hay palabras
que tienen doble sentido
para una mente ofuscada;
y si algun interesado
de interpretarlas se encarga...
sus frases...

ELISA. (No sé por qué,
mas me hielan sus palabras.)

ERNESTO. Con qué? cuando quiere usted
que las devuelva..

ELISA. Mañana
si es posible.

ERNESTO. Poco á poco:
favor con favor se paga.

ELISA. Cómo! No entiendo...

ERNESTO. Es bien claro.

Yo al entregar esas cartas
me desprendo de la dicha
que regocija mi alma.
Si viera usted... hay algunas
tan tiernas...

ELISA. (Gran Dios! qué trama!)

ERNESTO. Y sin indemnizacion
tan solo un loco entregara
ese tesoro.

ELISA. (Qué intenta?)

ERNESTO. Qué me da usted por las cartas?

ELISA. Yo!...

ERNESTO. Pues usted las recibe.

ELISA. Y usted es honrado?...

CENON. (*Desde la puerta de su gabinete.*)
(Canalla!)

ERNESTO. Solo con que á recogerlas
viniera usted á mi casa...

ELISA. Salga usted de esta al momento.

ERNESTO. Bien, mas piense usted...

ELISA. En nada.

ERNESTO. Luis ha de preguntar
de tal ausencia la causa,
y será fuerza que sepa...

ELISA. Ah! (*Con desaliento apoyada en el velador.*)

CENON. (*Saliendo.*) Vete, Elisa. (*Vase Elisa.*)
(*A Ernesto que va á salir por la puerta foro.*)
Palabra.
(*Ernesto vuelve á bajar á la escena.*)

ESCENA III.

ERNESTO.—DON CENON.

CENON. Ve usté estos puños, amigo?

ERNESTO. Si señor.

CENON. De una puñada
soy capaz de derribar...

ERNESTO. Justo: á un toro de Jarama.
Y qué?

CENON. Que si me incomodo

le cojo á usted de una pata
y sale por el balcon.

ERNESTO. Don Cenon!

CENON. Pocas palabras.
todo desde allí lo he oido.

ERNESTO. Y qué?

CENON. Qué? Si no mirara...
(*Hace ademan de pegarle.*)

ERNESTO. Caballero, usted me insulta.

CENON. Hago lo que me da gana.

ERNESTO. Pido una satisfaccion.

CENON. Satisfaccion? Pues aguarda. (*Coge una silla.*)

ERNESTO. Elija... espada ó pistola?...

CENON. Garrote. (*Deja la silla.*)

ERNESTO. Cómo?

CENON. Es mi arma:
y con ella le prometo
que ni una costilla sana
ha de sacar del combate.

ERNESTO. Pero, hombre...

CENON. Basta de charla.
Usted, segun he escuchado
tiene de Elisa unas cartas
y me las va usted á dar.

ERNESTO. A usted, don Cenon?

CENON. Sin falta.

ERNESTO. Y si yo digo que nó?

CENON. Y si le rompo á usted el alma?
Mire usted, yo soy muy bruto
y mi paciencia es escasa;
usté es escritor, y yo
un gran tirador de barra,
que hago un escritoricidio
en menos que un gallo canta.

ERNESTO. Es que estoy en mi derecho
si me place conservarlas.

CENON. Sí? Pues apela al torcido...
(*Le coge del cuello.*)

ERNESTO. Ay! ay!

CENON. Las cartas, las cartas!...

ERNESTO. Basta, yo se las daré.

CENON. Solo con eso te salvas. (*Le suelta.*)

ERNESTO. Dentro de una hora

estarán en su poder.
CENON. Pues me agrada.
Tus huesos son responsables
de que cumplas tu palabra.
ERNESTO. Las traeré.
CENON. Pobre de tí,
si tengo que ir á tu casa
por ellas.
ERNESTO. (Qué humillacion!
Mas la pagarán.)
CENON. En marcha.
Largo. (*Despidiéndole.*)
ERNESTO. Beso á usted la mano
señor don Cenon.
CENON. Canalla!
(*Amenazándole y siguiéndole hasta que sale por la puerta del foro.*)

ESCENA IV.

DON CENON.—A poco LUIS.

CENON. Qué Madrid tan divertido!
Pues digo que el mozalvete
pone á la chica en un brete...
La culpa es de su marido.
(*Se sienta y lee un periódico.*)
LUIS. (*Entra por el foro sumamente preocupado.*)
LUIS. (Si el gobierno cae, ¿qué hacer?
hundida la situacion
mi fortuna y posicion,
todo lo voy á perder.)
CENON. (*Levantándose despues de un momento.*)
Oye, Luis.
LUIS. (Qué agonía!)
CENON. Si alguno con mano airada
te diese una bofetada...
¿qué hicieras?
LUIS. ¡Le mataria!
CENON. Sí? Pues trabajo te mando
si has de cumplir como sueles.

LUIS. No comprendo.
CENON. (*Por los periódicos.*) Esos papeles
te están abofeteando.
Con razon ó sin razon
de bajos y desleales,
tacha á los ministeriales
la prensa de oposicion.
LUIS. Y ambiciosos y egoistas,
los que nos vemos enfrente,
llamamos diariamente
á los oposicionistas.
CENON. Que vendeis pluma y honor
dicen.
LUIS. Arranques son bellos,
pero lo que sienten ellos
es no encontrar comprador.
CENON. Es decir, que soportais
esos ultrajes con calma,
y en vez de romperle el alma
al que os insulta insultais?...
LUIS. No; tambien nuestros valor
más de una vez se ha probado.
CENON. Ah! sí, si ya me han contado
lo que son lances de honor.
Cuando en insultos supinos
uno á otro se propasa;
este se marcha á su casa
y le envia sus padrinos;
los cuales despues de hablar
dos ó tres dias del lance;
procuran á todo trance
á entrambos reconciliar.
Mas si no bastan razones
y de lidiar tienen gana;
á la siguiente semana
se fijan las condiciones;
y entónces, seguro es
que aunque mucho se dilate
no ha de tardar el combate
en verificarse un mes;
cuyo tiempo... y no es extraño,
suelen emplearlo todo
en encontrar un buen modo

para que no se hagan daño.
Salen al campo por fin...
ya no hay piedad; ya no hay tregua;
se ponen á media legua,
distancia no muy ruin.
Los padrinos que en la sala
han conferenciado á solas,
cargan un par de pistolas
generalmente sin bala:
Las dan á los adversarios
y un padrino grita luego;
—Preparen! Apunten! Fuego!
Pim... Pum...—Y entrambos contrarios
caen desplomados al suelo.
Corren á ellos los amigos
que han servido de testigos
en aquel horrible duelo.
—Qué tienes?—No tengo nada.
—Entónces, por qué has caido?
—Caí por si estaba herido.
—Precaucion exagerada!
—Y mi contrario... cayó?
—Si tal, pero fué un bromazo.
—Creí pegarle un balazo.
—Lo hubiera sentido.—Y yo.
—Se han portado cual valientes!
—Quién lo duda?—Cuenta exacta
dan del combate en un acta
firmada por los presentes.
Y ya entrambos querellantes
fuerza es que en su saña cedan;
se dan las manos y quedan
tan amigos como ántes.
Y en prueba de que el rencor
en su corazon no ahonda,
se van juntos á la fonda,
y ya se salvó el honor.

LUIS. Exagerado es usté.
CENON. No tanto como parece,
pues doy lo que se merece
á cada cual.
LUIS. Por mi fe
que es usted harto severo

con los que en bien del país
trabajamos.

CENON. Pues, Luis,
ser indulgente prefiero
con los otros, mas contigo
inflexible habré de estar,
que aquel que te haga llorar
será tu mejor amigo.
No creas que aunque paleto
y duro en mis expresiones,
las nuevas instituciones
no miro con gran respeto.
No ignoro que hay periodistas
de patriotismo y saber,
pero no deja de haber
miserables petardistas,
que sin la menor nocion
de ciencia ni de decoro,
venden oropel por oro
y afrentan su profesion.
Y en los pueblos, aunque tarda
es la instruccion de las gentes,
tenemos para esos entes
nuestra gramática parda;
y al oir que su deseo
es nuestra dicha labrar,
les solemos contestar...
«eres turco y no te creo.»

LUIS. Y dígame usted... mi esposa...?

CENON. Qué?

LUIS. Qué tal le ha parecido?
Franqueza ante todo pido.

CENON. Es bonita, cariñosa...
hay en su porte alegría
y no parece egoista...
Es lástima que se vista
cinco ó seis veces al dia!
y que con con fin no muy santo
en su aturdimiento loco,
se ocupe de tí tan poco
y de sus amigos tanto.

LUIS. Pero, padre...

CENON. En conclusion;

una perla hubiera sido...
á tener otro marido
y mejor educacion.

LUIS. Qué dice usted?...

CENON. Tu mujer
no te ve nunca en su casa
y con tus amigos pasa
el dia...

LUIS. Cómo ha de ser!
Así está la sociedad,
todo á la moda se ajusta...

CENON. Si es moda y á tí te gusta
¡que viva la libertad!

LUIS. La mujer no es una esclava.

CENON. Dale con la esclavitud!

LUIS. Y el fiar en su virtud
es honrarla.

CENON. Ya se acaba
mi paciencia, que es escasa.

LUIS. Es preciso que usted vea...

CENON. Si yo quiero que ella sea
no esclava, reina en su casa.
Mas creo muy saludable
ya que reine la mujer,
que el marido haya de hacer
de ministro responsable;
y si en su casa consiente
esa anarquia sin tasa,
la libertad de su casa
luego le sale á la frente.

LUIS. Pero usted?...

CENON. Nada: observé:
mas... yo las he preguntado
y de lo que me han contado
mis consecuencias saqué.
La madre en su cofradía,
tú en políticos embrollos,
y ellas recibiendo pollos
solas, todo el santo dia.

LUIS. El vizconde?...

CENON. Es un vejete
cuya vista me encocora.

LUIS. Creo que á Clara enamora.

CENON. Lástima de mozálvete!
LUIS. Es un hombre millonario
y que obtendrá una cartera
si quiere.
CENON. Mas le valiera.
irse á rezar el rosario.
LUIS. Con que de ese?...
CENON. Yo no digo...
LUIS. De Ernesto tampoco.
CENON. Pues!
LUIS. Sé bien que de veras es
mi amigo.
CENON. Con que es tu amigo!
LUIS. Solo Cárlos, nos visita
diariamente... y no sé...
en fin, yo no sé por qué
no me hace gracia maldita.
CENON. Quién es ese?
LUIS. Un oficial
de marina... mas si acaso
ese jóven... ya me abraso
en ira...
CENON. Pues haces mal.
Solo te quise advertir
de un riesgo que no me agrada,
pero yo no observé nada
y te prometo inquirir;
y si algo en la casa encuentro
que de los límites pasa,
le pego fuego á la casa
con cuantos estamos dentro.
No temas.
LUIS. No sé por qué
yo vivia confiado
y la calma me han robado
esas palabras de usté.
No sé que advierto en su tono
que á un mar de dudas me lanza.
CENON. Una cosa es confianza
y otra cosa es abandono.
Elisa es buena, y te ruego
no vayas á sospechar...
mas no se debe dejar

á la estopa junto al fuego.

LUIS. Pues solo en usted confio.
Yo con mis ocupaciones
estoy...

CENON. Tienes mil razones
yo la guardaré... hijo mio!
Y como me haga cosquillas
algun pollo, por desgracia,
verás con qué diplomacia
le rompo un par de costillas.

LUIS. Y por si tiene un descuido
tambien con Ernesto cuento.
El no la deja un momento.

CENON. (Al fin y al cabo, marido.)

LUIS. Hora tengo que escribir:
vuelvo pronto.

CENON. Vé con Dios.

LUIS. Quédese esto entre los dos.

CENON. Nada tienes que advertir.
Si hay gorriones, espantarlos
sabré yo, mal que les cuadre.

LUIS. Adios. (Dice bien mi padre,
hay que vigilar á Cárlos.) (*Váse.*)

ESCENA V.

D. CENON solo.

CENON. Fia en Ernesto y me abismo...
y en cambio, de ese oficial
da Luis en pensar mal.
Todos, todos son lo mismo.

ESCENA VI.

DICHO.—MARQUESA.

MARQ. (El aquí.)

CENON. (Bravo! Aquí está
la marquesa, á buena hora.)

Tenemos que hablar, señora.
MARQ. Hable usted. (Qué me querrá?)
CENON. Cuando uno cuida una viña
que le importa conservar,
no la suele abandonar
del pájaro á la rapiña,
si no que con gran trabajo
el dueño guardarla suele,
ó bien coloca un pelele
que le sirva de espantajo;
y entónces no hay que temer
que pierda su afan prolijo.
Está usté...? El dueño es mi hijo
y la viña su mujer.
Nada valdrá su trabajo
si esta no está bien guardada.
Pues no sirve usted de nada
sirva al menos de espantajo.
Con lo cual cierto capricho
que á Luis da que pensar,
lograré yo disipar.
A los piés de usted. He dicho. (*Váse.*)

ESCENA VII.

MARQUESA sola.

MARQ. Qué lenguaje, qué maneras
y qué tono! Groserazo!
¡Proponerme á mí que sirva
de pelele, de espantajo!
A mí que tengo en mi escudo
sobre campo leonado
dos tigres y tres panteras,
quince gallinas y un asno.
Ay! No puedo respirar!
Ay! A mí me va á dar algo.
(*Se sienta en el confidente.*)

ESCENA VIII.

MARQUESA.—VIZCONDE

CRIADO. Señora, pide permiso... (*Desde la puerta.*)
MARQ. Quién?...
CRIADO. El vizconde del Arco.
MARQ. Pase adelante. (*Vase el criado.*)
VIZCOND. Marquesa...
MARQ. Vizconde!...
(*Se dan la mano y el vizconde á una invitacion de la Marquesa se sienta á su lado en el confidente.*)
VIZCOND. Aunque me es muy grato
el venir siempre á esta casa,
no me apresurara tanto
á no tener un negocio
que me importa demasiado,
para retardar la hora
de presentarlo al despacho.
MARQ. Hable usted, mas ese tono...
VIZCOND. Conviene al que es diputado
de la nacion.
MARQ. Adelante.
VIZCOND. Señora, yo soy muy franco,
y en pocas palabras pienso
explicarme.
MARQ. Bien pensado.
VIZCOND. Usted no ignora, marquesa,
la posicion que yo alcanzo.
Soy rico, tengo importancia
política, diputado
ministerial, mis discursos
se oyen siempre con aplauso.
En cuanto hay crísis, mi nombre
es al momento citado
para formar gabinete
del que vacila en reemplazo,
y si hasta ahora han salido
fallidos los tales cálculos,
espero ser cualquier dia

ministro de cualquier ramo,
ó pescar una embajada
ó sentarme en el Senado.
Porque está, señora mia,
tan mal España de sabios,
tan pocas ilustraciones
tiene este país menguado,
que no se debe extrañar
que los que valemos algo
venciendo la repugnancia,
tengamos que resignarnos,
á hacer su felicidad
encargándonos del mando.

MARQ. Muy bièn, pero no comprendo...
VIZCOND. Voy á ello.
MARQ. Pues al caso.
VIZCOND. No soy viejo todavía.
MARQ. ¡Ah! no...
VIZCOND. Tengo treinta años.
MARQ. Cumplidos, eh?...
VIZCOND. Sí, marquesa,
cumplidos el mes de mayo.
MARQ. Del año del primer cólera.
VIZCOND. No tal, del año en que estamos.
Mi figura está á la vista...
no tengo un cabello cano.
MARQ. (Gracias á su peluquero.)
Es verdad... pero no alcanzo...
VIZCOND. Aunque mi reputacion
de galan afortunado
con las damas, quizás sea
para mi dicha un obstáculo,
yo prometo corregirme
y ser formal de casado.
MARQ. Conque... piensa usted casarse?
VIZCOND. Pues de qué estamos hablando?...
MARQ. Qué sé yo?
VIZCOND. Pues sí, marquesa,
quiero unirme en santo lazo
á una jóven elegante,
dotada de mil encantos,
que de la mar de mi vida
sea el reluciente faro.

Y aquí tiene usté al Tenorio...
MARQ. (Un Tenorio trasnochado.)
VIZCOND. Que viene á pedir á usted
su mano.
MARQ. Cómo mi mano!
VIZCOND. No la de usted. (Dios me libre.)
MARQ. Creí...
VIZCOND. No pico tan alto.
La de Clara solamente
es la que ambiciono.
MARQ. Bravo!
VIZCOND. Si usted de mi amor la hablara.
MARQ. Qué, usted?...
VIZCOND. Aunque la he indicado
lo bastante, no la he dicho
atendiendo á su recato...
MARQ. Muy bien. Usted se conduce
como un noble.
VIZCOND. Mas si acaso
usted cree...
MARQ. No hace falta:
vizconde, de usté es su mano.
VIZCOND. Cómo!... Sin hablarla?...
MARQ. Hablarla?
para qué?
VIZCOND. Yo creí...
MARQ. Vamos...
Usted creyó que el amor
era acaso necesario...
Ay, vizconde! Eso es muy bueno
tratándose de villanos;
pero nosotros los nobles...
VIZCOND. Cierto; lo habia olvidado.
MARQ. (Me parece que el vizconde
se va popularizando.)
VIZCOND. ¿Con que esta noche podré
hablarla ya?
MARQ. Sin cuidado.
Yo la enteraré de todo,
y tambien á sus hermanos,
Luis y Elisa.
VIZCOND. Mil gracias.
MARQ. Usted merece...

VIZCOND. No tanto.
(*Levantándose con ademan de marcharse.*)
Si usted me da su permiso...
MARQ. Usted es muy dueño.
VIZCOND. Me marcho.
MARQ. Se levanta la sesion.
VIZCOND. (*Despues de mirar el reloj.*)
Eran las dos menos cuarto.
(*Da la mano á la marquesa y vase.*)

ESCENA IX.

MARQUESA sola.

MARQ. Que fortuna la de Clara! (*Levantándose.*)
Ser vizcondesa del Arco!
Un nombre ilustre, y un nombre
además de millonario.
Mas Cárlos!... eh! si la quiere,
tanto peor para Cárlos.

ESCENA X.

DICHA.—ELISA.

ELISA. Mamá! (*Sale con un papel en la mano.*)
MARQ. Qué?
ELISA. Esto es insufrible.
MARQ. Mas qué te pasa?
ELISA. Es villano.
MARQ. Pero dime..., qué sucede?
ELISA. Qué de recibir acabo
por el correo interior
esta carta.
MARQ. Y bien?
ELISA. La abro
y me encuentro esta porcion
de injurias.
MARQ. A ver, leamos.

ELISA. (*Lee.*) «La mujer que á su marido
solo ve de tarde en tarde
y ante cualquier conocido
hace de elegancia alarde;
la que con lujo que espanta
y á la sociedad encanta
sus atractivos acrece,
bien podrá ser una santa
pero no me lo parece.
La que sin reserva alguna
brilla en todos los salones
y en joyas y diversiones
malgasta pingüe fortuna;
la que confiada y necia
las atenciones aprecia
que á cualquier pollo merece...
podrá ser una Lucrecia.
pero no me lo parece.
La que por distintas artes
de contínuo se engalana
y se ostenta en todas partes
con pretexto de su hermana;
la que con constante anhelo
piensa en el traje y el velo
con afan que siempre crece,
será una esposa modelo
pero no me lo parece.
MARQ. Qué insolencia! A ver la firma?
ELISA. No la tiene.
MARQ. Qué descaro!
Un anónimo. Y la letra?
ELISA. No la conozco.
MARQ. Es muy claro,
disfrazado habrá la forma
el autor del atentado.
Qué tiempos! Allá en los mios
no se diera tal escándalo;
pues estaban los correos
de tal manera montados,
que á su destino llegaba
una carta por milagro.
ELISA. Y qué hacer?
MARQ. Creo que nada,

pues que no sabemos...
CLARA. (*Entrando.*) Bravo!
Aquí de conversacion...
ELISA. Disimulemos.
(*Bajo á la marquesa y guarda la carta.*)
CLARA. Y en tanto...

ESCENA XI.

DICHAS.—CLARA.

MARQ. Clarita, llegas á tiempo.
Hace poco que aquí ha estado
á pedirte en matrimonio...
CLARA. Quién?
MARQ. El vizcondo del Arco.
CLARA. El vizconde?
MARQ. Justamente.
CLARA. Y usted?...
MARQ. Le otorgué tu mano.
CLARA. Mamá, si yo no le quiero.
MARQ. Eso no importa.
CRIADO. (*Desde la puerta del foro.*)
Don Cárlos
Montero.
CLARA. (Ya le esperaba.)
ELISA. Que pase. (*Vase el criado.*)
MARQ. (A tiempo ha llegado.)

ESCENA XII.

DICHAS.—CÁRLOS.

CARLOS. Estoy á los piés de ustedes.
ELISA. Beso á usted la mano.
CLARA. (*Bajo á Cárlos.*) (Cárlos,
disimula y habla á Elisa.)
CARLOS. Y el marqués? (*A Elisa.*)

ELISA. Está ocupado.
Gracias. No se sienta usted?
(*Se sientan Elisa y Cárlos en el confidente, la marquesa en un sillon y Clara en una silla á su lado.*)

MARQ. (Me empalaga este muchacho.)

CARLOS. He venido á molestarlas
porque una merced aguardo
de su bondad.

ELISA. Cómo es eso?

CARLOS. Un amigo me ha rogado
que le conceda la gracia
hoy mismo de presentarlo
á ustedes.

ELISA. Con mucho gusto
lo recibiremos, Cárlos;
pues siendo amigo de usted...

CARLOS. Mil gracias.

MARQ. (Qué mentecato!)

CARLOS Es teniente de navío,
de noble alcurnia, más bravo
que el huracan, y á las olas
desde niño acostumbrado.

MARQ. (Ya me figuraba yo
que seria un ballenato.)

CARLOS. Pues si ustedes dan permiso...

ELISA. Tan pronto!

LUIS. (*Entrando y reparando en Cárlos.*)
(Siempre á su lado.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—LUIS.

LUIS. Hola, Montero.

CARLOS. (*Levantándose y dando la mano á Luis.*)
Marqués...
Adios.

LUIS. Cómo?

CARLOS. Ya me marcho.

LUIS. Acaso porque yo llego?

CARLOS. No tal; por no ser pesado.

LUIS. Puede usté hacer lo que guste.
CÁRLOS. Señoras...
MARQ. Abur, don Cárlos.
CLARA. Hasta la noche.
CÁRLOS. (*Dando la mano á Luis.*) Marqués...
LUIS. Adios, amigo.
CLARA. (*Viendo salir á Cárlos por el foro.*)
(Es muy guapo!)
Yo voy á mi gabinete.
LUIS. (Si será cierto?) (*Preocupado.*)
CLARA. Te aguardo.
(*A Elisa que ha quedado en el confidente profundamente pensativa.*)

ESCENA XIV.

ELISA.—MARQUESA.—LUIS.

LUIS. (Ella queda pensativa.)
MARQ. (*Levantándose despues de un momento de pausa.*)
Qué tienes, Luis?
LUIS. Señora,
que no puedo consentir
se haga pedazos mi honra.
ELISA. Tu honra dices? (*Levantándose.*)
MARQ. Qué sucede?
LUIS. Qué yo confié en mi esposa
y no sé si arrepentirme
de mi confianza loca.
MARQ. Cálmate.
ELISA. (Ernesto sin duda...
qué infamia!)
MARQ. Mas reflexiona,
ten prudencia.
ELISA. (Es imposible!)
LUIS. En casos que al honor tocan
suele ser la reflexion,
hermana de la deshonra.
MARQ. Pero?... sospechas de Elisa?
¿ tienes pruebas que?...
LUIS. Señora...

¿pues qué, si tuviera pruebas
viviera Elisa á estas horas?

MARQ. (Ay, es un perro rabioso!)

ELISA. Luis!

LUIS. A usted solo toca
oir y callar.

ELISA. Mas ..

LUIS. Basta.

MARQ. (Lo dicho; tiene hidrofobia.)

LUIS. El honor es un cristal
que empaña una leve sombra,
y que una vez empañado
nunca su limpieza cobra.
El que es honrado, ha de serlo
de honradez tan cuidadosa,
que ni áun consiente sospechas
de apariencia de deshonra.
Yo sé que usted es honrada,
si no, no fuera mi esposa...
Pero... ¿está usted muy segura
de parecerlo, señora?

ELISA. Luis, me estás injuriando.

LUIS. Sé que anda en lenguas mi honra
y juega con sus girones,
ya mas de una pluma ociosa.
Hace poco he recibido...

MARQ. El qué?

LUIS. Una letrilla anónima,
en que sirven de juguete
mi nombre y el de mi esposa:
que si los nombres no lucen,
bien claro allí se nos nombra
con alusiones infames.

MARQ. Elisa recibió otra.

LUIS. Otra?

ELISA. Sí.

LUIS. Venga al momento.
Oye usted? al momento.

ELISA. (*Dándole la letrilla.*) Toma.

LUIS. (*Despues de leerla apresuradamente.*)
La misma. Cuando las gentes
se permiten estas bromas,
¿quién sabe si con el dedo

me señalarán ya todas?

MARQ. Es preciso averiguar...

LUIS. Lo que es preciso, señora,
es no seguir dando pábulo,
á esta burla escándalosa.
Esas cartas...

CENON. (*Entrando apresuradamente por el foro con un paquete de cartas en la mano. Todos le miran con sorpresa.*)
Aquí están.
Por lo visto llego á hora.

ESCENA XV.

DICHOS.—DON CENON.

MARQ. (De echarlo todo á perder.)

CENON. Yo soy hombre de palabra. (*A Elisa.*)
¿Estás de todo enterado? (*A Luis.*)

ELISA. (No acierto...)

CENON. Si era una infamia!
Aprovecharse el tunante
de que la pobre muchacha
de soltera le escribió
unas inocentes cartas!

ELISA. (Qué escucho!)

CENON. Yo lo oí todo
y he descompuesto la trama,
Ernesto! vaya un amigo!

LUIS. Hable usted...

CENON. Ya voy, aguarda.
Elisa cuando soltera
creo...

LUIS. Sé de qué se trata.
Tuvo inocentes amores
con Ernesto.

ELISA. Luis!

LUIS. Calla!

CENON. Pero no sabes que el tuno
reanudar intentaba
sus relaciones con ella,
valiéndose de unas cartas,

ELISA. Papá... (*Como rogándole que calle.*)
CENON. Chica, la verdad :
á un marido no se engaña.
LUIS. Corro á buscarle.
CENON. Detente...
y no hagas una trastada,
porque ya tiene ese infame
todo lo que le hace falta.
LUIS. Acabe usted.
CENÓN. Allá voy.
Yo le escuché amenazarle
con publicar sus amores
y áun algunas de sus cartas
que por carecer de fecha
comprometiéndola estaban.
Salí y á fuerza de lógica (*Enseña los puños*)
le hice ofrecer que las cartas
antes de un hora estarian
en mi poder entregadas;
pero se pasó la hora
y las cartas no llegaban.
Entónces salgo á la calle,
tomo un coche y á su casa
me dirijo para hacer
una que sea sonada.
Llego, doy una peseta
al cochero que se marcha;
llamo á la puerta, me abren
y me introduzco en la sala
á tiempo que con dos pollos
se reia á carcajadas.
Al verme se pone pálido,
le pregunto por las cartas,
las niega, le llamo pillo,
grita... le doy tal puñada
que cae de bruces al suelo,
los pollos á mí se lanzan...
De un bofeton al primero
desbarato una quijada,
doy tal puntapié al segundo
en la parte que se calla,
que ha de conservar señal
por lo menos tres semanas.

De un palo rompo un espejo,
de otro golpe una butaca,
la patrona grita... «Fuego!»
la fregatriz... «Que nos matan!»
Las acogoto á las dos...
registro, encuentro las cartas
y Ernesto, que ya repuesto
de mi nota diplomática (*Ademan de pegar.*)
habia escrito unas letras,
me da otra carta cerrada
rogándome te la entregue.
Salgo á escape de la casa
oyendo mil improperios
del ama y de la criada,
que me han puesto con un jarro,
como veis, lleno de agua.
Al salir tiro á un gallego
y piso á un perro que ladra;
y derribo á un aguador
sobre un puesto de naranjas,
y atropello á los chiquillos
y corro calles y plazas;
y á fuerza de preguntar
llego, y aquí están las cartas.
Estas son las de tu esposa,
(*Se las da á Luis.*)
ellas su inocencia aclaran.
Este el billete de Ernesto.

LUIS. Venga. (*Lo toma.*)

ELISA. Mas...

CENON. No temas nada.

LUIS. (*Leyendo.*) «Elisa, remito á usted
ese paquete de cartas
que pueden acompañar
á las que con tales ansias
guardaba en su secreter
cuando llegué esta mañana!!»
Su secreter! (*Se dirige á él y lo abre.*)

MARQ. (Qué liorna!)

LUIS. (*Despues de hojear algunas de las cartas que Elisa guardó antes.*)
«Cárlos Montero!» (*Leyendo una firma.*)

CENON. Ten calma.

ELISA. Luis, yo te explicaré...
LUIS. Un pañuelo!... esas alhajas!
su cifra... (*Mirando el pañuelo.*)
ELISA. Luis, escucha.
MARQ. Habla, Elisa.
ELISA. Escucha.
LUIS. Basta.
Yo sé lo que hacer me toca.
(*Vase precipitadamente por el foro.*)
ELISA. Cielos!
(*Cae desmayada en el confidente, la marquesa acude á socorrerla.*)
CENON. Merezco una albarda!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los anteriores, con sola la diferencia de hallarse profusamente iluminada como para un baile.

ESCENA PRIMERA.

DON CENON solo.

Pues señor, vaya un futraque!
no sé que tal estaré,
mas será más que milagro
que me siente medio bien.
Y estos guantes? Vaya un gusto...
cubrir un hombre su piel
con una piel de cabrito;
y lo peor del caso es
que antes que lograr meterlos
los he logrado romper.
Pues esta corbata blanca
puede que me esté muy bien,
pero á mí se me figura
que es un trozo de mantel
que me he arrollado al pescuezo
al acabar de comer.
Pero en fin, ya estoy en traje
de etiqueta, y puesto que
Luis y Elisa se empeñan
en que yo he de aparecer
en el baile que en mi obsequio
dan esta noche, yo haré
por no parecer muy raro;
y por tal de complacer

si se empeñan en que baile,
cosa que no extrañaré,
bailaré con la marquesa
la jota y el baile inglés.

ESCENA II.

Dicho.—ELISA.

Cenon. Hola! ¿pasó ya el enfado?
Elisa. Aunque mi disgusto fué
tan grande, como era injusta
su causa, me olvidé de él.
Cenon. Vamos, perdona, hija mia,
yo estuve un poquillo... ¡pues!
hice una barbaridad,
pero en fin... ¡cómo ha de ser!
Al cabo la culpa es suya...
sí, solo suya.
Elisa. ¿De quién?
Cenon. Y un poco tuya, en fin, vuestra,
de los dos.
Elisa. Sí?
Cenon. De los tres...
mejor dicho de los cuatro...
de los cinco... de los seis...
Elisa. Sí, pero... ¿esos seis quién son?
Cenon. Luis, tú, yo mismo... él...
y Ernesto, y Cárlos y Clara;
y más aún la culpa es
de tu madre y tu marido
que bailaron en Belen;
de tu genio, de tu casa,
de tu educacion, y de
esta atmósfera en que vives.
Elisa. De la atmósfera tambien?
Cenon. Sí, mas dejemos á un lado
ese negocio, pues que...
yo te ofrecí componerlo
y mi oferta cumpliré,
sin duda esta misma noche...

ó soy ó nó aragonés.

ELISA. Temo que á Cárlos
provoque Luis... y...

CENON. No hay que temer.

ELISA. Si un duelo con él tuviera
por mi causa, ya ve usted...
mi reputacion perdida
para siempre...

CENON. Ya lo sé:
mas mientras esté yo aquí
eso no ha de suceder;
yo le probaré que Cárlos
ama á Clara.

ELISA. Inútil es
cuanto las dos le hemos dicho.
Por mas que yo le expliqué
la causa de que esas cartas
hallara en mi secreter;
ha desoido mis ruegos
y cree que todo es
un sacrificio que Clara
hace por mí.

CENON. Ya lo sé.
Luis es un poco terco,
pero yo lo soy tambien
y teniendo su palabra
de que hasta mañana, él...
no ha de buscar al tal Cárlos...
no tenemos qué temer.

ELISA. Y vendrá?

CENON. Quién? el marino?
Si no viene, pobre de él,
lo traigo de las orejas
como tres y tres son seis.

ELISA. Ha estado usted en su casa?

CENON. Vaya... y he hablado con él...
Por cierto que me ha gustado
por lo franco y lo cortés.

ELISA. Y...

CENON. Sin decirle la causa,
porque eso nunca está bien,
le he dicho lo que hacer debe
esta noche.

ELISA. ¿Y cree usted
que no pondrá algun reparo?
CENON. ¿Qué reparo ha de poner?
ELISA. Esa visita tan rara
le habrá chocado.
CENON. No sé:
mas le choque ó no le choque,
Elisa... cómo ha de ser?.
Ese es el único medio...
ELISA. Que temo no sé por qué.
CENON. Nada temas.
ELISA. Mas si acaso
no fuese eficaz; si...
CENON. Eh!!
No pienses de tal manera.
ELISA. Mamá...
CENON. La convenceré
de que ella debe ayudarnos.
ELISA. Y Luis?
CENON. A ese tambien
le obligaré á convencerse
de tu inocencia, porque
á tozudo no me gana,
á talento podrá ser...
y estando ya convencido
desde que al marino hablé
de que Clara es propietaria
de todo aquel almacen
de bisutería, tú
ya puedes con mi interés
contar para todo.
ELISA. Gracias.
Papá, qué bueno es usted! (*Le abraza.*)
Y yo con cuánta injusticia
hace poco le juzgué.
CENON. Vaya; vas á hacer pucheros?
ELISA. No señor.
CENON. Vamos á ver,
cómo te diviertes mucho,
ya que os empeñasteis en
no suspender este baile
por hoy.
ELISA. Papá, ya ve usted...

estando ya convidados
todos, no estaria bien.

CENON. Sí; pero habiendo tenido
hoy un disgusto, tener
que aparecer muy contentos,
y que tomarse interés
por esas majaderías... (*Varía de tono.*)
Pero en fin... Hola! muy bien! (*Mirando á Elisa.*)
ese traje es muy bonito...
costará muy caro, eh?

ELISA. Bastante.

CENON. Si te pusieras
uno de percal francés...

ELISA. De percal?

CENON. Toda su vida
lo gastó así mi mujer.

ELISA. (Buena estaría!)

CENON. Y... muchacha,
yo... ¿qué tal estoy?

ELISA. Muy bien.

CENON. De verás?

ELISA. Como lo digo.

CENON. Voy á ver si logro hacer
alguna buena conquista.

ELISA. Qué buen humor tiene usted!

CENON. Como que es lo más barato
que puede un hombre tener.

ESCENA III.

DICHOS.—CLARA.

CLARA. Elisa, me han avisado
de que empieza á aparecer
gente en el salon.

ELISA. Pués vamos.

CENON. Clarita...

CLARA. Qué quiere usted?

CENON. Sigue usted amando á Cárlos?

CLARA. Quién lo duda?

CENON. Antes de un mes
se llamará usted su esposa;
yo se lo prometo á usted.
(*Elisa y Clara salen por el foro.*)

ESCENA IV.

DON CENON solo.

CENON. Vaya un dia divertido!
Esta mañana llegué
y apenas si me he sentado
y no me puedo tener. (*Se sienta.*)
Ay! ¿quién seria el imbécil
que inventó el estar de pié? (*Pausa.*)
Y tras de la agitacion
del dia, vístase usted
y estése aquí fastidiado
lo menos hasta las seis
de la madrugada... Ah! (*Bostezando.*)
Jesus, María y José...
(*Haciendo cruces en la boca.*)
Y no debe ser temprano, (*Saca el relój.*)
son las once menos diez.
A estas horas en mi pueblo
suelo yo dormir tan bien!
Y Luis? Vaya un arreglo!
Pues no tengo sueño? A ver
si consigo espabilarme...
Pues señor... no puede ser.
(*Se queda dormido y empieza á oirse música en el salon.*)

ESCENA V.

DICHO.—MARQUESA.

MARQ. Calle! se quedó dormido!
Y Luis? dónde andará?
Santo Dios... qué dia!

CENON. (*Despertando.*) Ah!...
quién anda ahí?
MARQ. Ya me ha oido.
CENON. Perdone usté. (*Levantándose.*)
MARQ. No hay de qué.
CENON. Como que estoy tan cansado...
en ese sillon sentado
como un tronco me quedé;
y si usté aquí no aparece
estaba tan bien dormido
que á no haber hecho ruido
creo que aquí me amanece.
MARQ. Ha visto usted á Luis?
CENON. Creo que ha ido al ministerio,
pues dicen que el lance es serio
y el gobierno está en un tris.
MARQ. Sabe usted de la sesion?
CENON. Al gobierno ha defendido
el vizconde y se ha lucido.
MARQ. Sí?
CENON. Triunfó la oposicion.
Mas hablando de otra cosa;
usted ya sabe que Clara
ama, y en nada repara
por ser de Cárlos esposa.
Y usted...
MARQ. Mi Clara casada
con quien metido entre tul
se crió?... Y la sangre azul?
CENON. Señora, si es encarnada.
MARQ. Ella en su escudo....
CENON. Ya sé,
aunque soy un hombre rudo,
que su escudo, no es escudo
sino el arca de Noé;
y si en tigres y panteras
el electo ha de igualarla
va usté á tener que casarla
con un domador de fieras.
MARQ. Un hombre noble encontré
que hoy su mano me pidió!
CENON. Y usted se la concedió?
MARQ. Si tal.

CENON. Se ha lucido usté.
No es posible que ella pase
por el cambio y se enamore...
MARQ. Yo no mando que le adore.
CENON. No?
MARQ. Pero sí que se case.
Ya lo ofrecí y es preciso.
CENON. Mas si ella su amor ha dado...
MARQ. Y por qué se ha enamorado
sin pedirme á mi permiso?
CENON. Es un abuso cruel.
MARQ. Sobre el hijo de un tendero
yo...
CENON. Qué?
MARQ. Al vizconde prefiero.
CENON. Pues cásese usté con él.
MARQ. Es un nombre...
CENON. Si, es un nombre
cuya nobleza yo alabo,
pero Clara al fin y al cabo
se va á casar con el hombre.
Y voto á la ninfa Osíris...
MARQ. Es de los Arcos de Alarcos.
CENON. Señora, yo en cuanto á arcos
estoy por el arco iris.
Además esta cuestion
es ya caso de conciencia,
y habrá que olvidar la ciencia
noviliaria del blason.
Luis en pensar se afana
en las cartas que encontró
á Elisa, y esas sé yo
que son cartas de su hermana.
MARQ. Usted?...
CENON. Al marino hablé
y de su cariño ufano,
de Clara hoy pide la mano.
MARQ. Pues yo se la negaré.
CENON. Señora, con un descuido
que nunca hubiese pensado,
de todo lo que ha pasado
casi usté la causa ha sido.
Luis que desde esta fecha

ha resuelto estar en facha...
sospecha de la muchacha
y del marino sospecha.
Su felicidad zozobra,
y tiene razon el pobre,
que aunque el cariño le sobre
tambien el temor le sobra.
Pero este lance tan raro
en que usted hoy no repara,
casando á Carlos con Clara
se pone al momento en claro.

Marq. Yo nunca consentiré
esa boda... Ya habrá medio
de que se ponga remedio...

Cenon. Señora, mas piense usté...
que es muy grave la querella
y que es de gran conveniencia.

Marq. Nunca daré mi licencia.

Cenon. Pues se casarán sin ella.

Marq. Elisa por proteger
ese amor que yo condeno,
que sufra tambien es bueno
su castigo.

Cenon. (Qué mujer!)
Pues bien, si á usté la incomoda
tanto peor para usté.

Marq. Cómo?

Cenon. Yo conseguiré
arreglar pronto esa boda.

Marq. Porque ella sea me afano
vizcondesa antes de un mes.

Cenon. Sí? Pues beso á usté los piés.

Marq. Abur... Beso á usté la mano.

(*Cesa la música. Salen cada uno por una de las puertas del foro, á pocos momentos entra Clara seguida del vizconde.*)

ESCENA VI.

CLARA.—VIZCONDE.

VIZCOND. Clarita, ya há mucho tiempo
que buscaba una ocasion
para hablarla.

CLARA. Pues vizconde...

VIZCOND. Usted sabe quien soy yo...

CLARA. (*Interrumpiéndole vivamente.*)
Ha visto usted el tocado
de la condesa de Orloff?...

VIZCOND. Sí, señora, es muy bonito...
pues buscaba una ocasion
para decirla, Clarita...

CLARA. Y qué tal prendida estoy?

VIZCOND. Admirablemente.

CLARA. Gracias.

VIZCOND. Oh! no es lisonja. Pues yo... (*Insistiendo.*)

CLARA. Ha estado usté en el Congreso?

VIZCOND. Si... Pues queria...

CLARA. Y ganó
la votacion?

VIZCOND. (El demonio.)
La ganó la oposision.
Pues...

CLARA. Qué dan en el Real
esta noche?...

VIZCOND. No sé. Yo
queria hablar con usted...

CLARA. Y pedirme un rigodon?
concedido.

VIZCOND. No, no es eso.

CLARA. Unos lanceros?

VIZCOND. No, no.

CLARA. Pues todos los demás bailes
los he concedido.

VIZCOND. (Oh!
esto es horrible!)

CLARA. Y se sabe
cuando se casa Armengol?

VIZCOND. Cuando se case su novia.
CLARA. Já, já, já!...
VIZCOND. (Buena ocasion
de risa.) Pues yo, Clarita...
(*Se oye dentro un vals.*)
CLARA. El vals!... Vizconde, perdon;
lo tengo comprometido.
VIZCOND. Usted es muy dueña...
CLARA. Adios.
(*Vase por el foro.*)
VIZCOND. En mi vida me ha pasado
lo que me ha pasado hoy.

ESCENA VII.

VIZCONDE.—LUIS.

LUIS. Hola, vizconde... (*Se dan la mano.*)
VIZCOND. Marqués,
desde que entré en el salon
le buscaba.
LUIS. No he podido
salir aún.
VIZCOND. Ah! ya estoy...
Vendrá usted del ministerio...
Presenta su dimision?
LUIS. La ha presentado y no falta
sino que se acepte.
VIZGOND. Oh!
Esa noticia es muy grave;
mas no hay que abrigar temor;
porque aunque sea aceptada
mio caro, aquí estoy yo
y usted nunca...
LUIS. (Por si acaso
ya me vende proteccion.)
VIZCOND. Ponga usted en el *Diario*
de mañana, que yo soy
quien mas probabilidades
tiene de subir...
LUIS. Mas yo?...

VIZCOND. Es mi táctica de siempre,
y hoy con muy grande razon
creo que puedo, marqués,
pedir á usté este favor.
Ya casi somos hermanos.
LUIS. Hermanos?...
VIZCOND. Logro el amor
de Clarita, y hoy su madre
su mano me prometió.
LUIS. Pero Clara?...
VIZCOND. Aun no he podido
hablarla á solas de amor;
mas creo que solo aguarda
mi primera intimacion
para rendirse.
LUIS. (Qué escucho!)
VIZCOND. Mas cambia usted de color.
LUIS. No; dispense usted, vizconde.
VIZCOND. Se va usted?
LUIS. Voy al salon.
(Y dicen que amaba á Carlos?
Y tambien mi padre? Oh!
Tambien lo habrán engañado
y ayuda á mi deshonor.) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

VIZCONDE solo.

Pues señor, aqui sucede
algo que no entiendo yo.
Luis está distraido...
Elisa me saludó
al entrar, de una manera
que... Vamos, aquí hay complot.

ESCENA IX.

VIZCONDE.—ARTURO.—SANDOVAL y otros dos caballeros que vienen hablando familiarmente.

ARTURO. (*Desde la puerta del foro.*)
Magnífica fiesta, chico.
SANDOV. Es un baile encantador.
ARTURO. Has reparado en Clarita?
SANDOV. Toda la noche pasó
bailando con el marino,
con Montero; mas chiton
que está aquí el vizconde.
ARTURO. Y qué?
SANDOV. Nada, que la hace el amor.
(*Bajan á la escena.*)
VIZCOND. Hola, señores...
ARTURO. Vizconde!
VIZCOND. Abandonan el salon
tan pronto?
SANDOV. Como hay descanso
y hace allí tanto calor!
VIZCOND. Y han visto ustedes al padre?
ARTURO. Al padre?
VIZCOND. Sí, á don Cenon.
SANDOV. Ah! me parece un Juan Lanas.
ARTURO. No opino lo mismo yo.
VIZCOND. Y á Ernesto... ¿le han visto ustedes?
ARTURO. Le he buscado en el salon
y no he podido encontrarle.
SANDOV. Es raro!
VIZCOND. Murmurador!
ARTURO. Silencio, que viene el padre
y dicen que es hombre atroz.

ESCENA X.

Dichos.—DON CENON.

Vizcond. Que tal, señor don Cenon?
Cenon. Hombre, bien,
Vizcond. Creo que usté
se divierte.
Cenon. Ya se ve!
(Pues vaya una diversion!)
Ese baile me entusiasma
por lo alegre y lo inocente.
Ca! se abraza en él la gente
con franqueza que me pasma,
y es, por quien soy, divertido
ver á un marido en un potro
viendo á su mujer con otro
andar á brazo partido.
Y qué lujo! A la verdad
que hay viuda en ese salon
que ha gastado en relumbron
diez años de viudedad;
y si no tiene á fe mia
mas que su paga, la pobre
para juntar tanto cobre
tendrá mucha economía.
Vizcond. Hay quien tiene de orfandad
cien duros, y á troche moche
gasta brillantes y coche.
Cenon. Caramba! qué habilidad!
Vizcond. Oh! mucha.
Cenon. Si no hay enjuague
creo, que á no errar la cuenta,
lo que no pague la renta
no faltará quien lo pague.
Arturo. ¿Y qué le parece á usted
del gran mundo, don Cenon?
Cenon. El que hay en ese salon
es curioso por mi fe.
Jóvenes que gastan lentes,

viejos que intentan conquistas,
empleados, periodistas
y escritores pretendientes...
Viejas que rompen las vallas
de la edad con rostros tersos;
generales que hacen versos,
músicos que dan batallas.
Muchachas muy recatadas
con espalda y pecho al aire,
que en cambio con gran donaire
lucen colas prolongadas...
las cuales... no es diatriba
pudieran sin gran trabajo,
la tela que sobra abajo
haberla empleado arriba.
Pobres que con lujo viven,
ricos que ocultan su oro,
pillos que hablan de decoro
y poetas que no escriben.
Por lo cual creo, y no es
señor vizconde manía,
que este gran mundo debia
llamarse el mundo al revés.

TODOS. Já, já...

VIZCOND. Es usté muy severo.

SANDOV. Yo encuentro de muy buen tono
ese sencillo abandono.

CENON. Por que usté será soltero.

ARTURO. El marqués.

LUIS. (*Entrando.*) Hola, señores.
Padre; tenemos que hablar, (*Aparte.*)
y á solas quisiera estar.

CENON. Luisito, con mil amores.
Ya verás que fácil es
librarse de estos pipiolos.
(*Al vizconde y demás caballeros que hablan entre sí.*)
Quisiéramos estar solos.
(Qué indirecta!)

VIZCOND. Adios, marqués.
(*Sale con los demás por el foro.*)

ESCENA XI.

DON CENON.—LUIS.

CENON. Ya estamos solos; qué quieres?
LUIS. Le quiero á usted enterar
de que los dos somos víctimas
de un engaño.
CENON. Bah... bah... bah!...
LUIS. Usted me dijo que Cárlos
amaba á Clara.
CENON. Es verdad.
LUIS. Yo casi lo iba creyendo,
cuando una casualidad
me ha hecho saber que el vizconde
en breve á casarse va
con ella, pues que su madre
le otorgó su mano ya.
CENON. Mas la madre no es la hija,
y ella antes de ir al altar
está decidida á hacer
una oposicion tenaz.
LUIS. Yo dudo...
CENON. Pues no comprendo
por qué causa has de dudar.
¿No conoces que tu suegra
es una mujer capaz
de volverse loca por
un nombre?
LUIS. Sí, mas...
CENON. No hay más.
Y en fin, tú me has prometido
hasta mañana...
LUIS. Es verdad,
y me hago gran violencia
padre, para no estallar,
pues cada vez que recuerdo
aquella letrilla...
CENON. Bah!
¿y por los ocios de un tonto

nos hemos de incomodar?...

Luis. Si supiera...

Cenon. No te apures,
que ya lo averiguarás,
y en cuanto logres saber
quién fué el poeta falaz
que escribió aquellos renglones
me lo vienes á avisar,
y entre los dos ya le haremos
alguna barbaridad.
Y dime... del ministerio...

Luis. Hace un momento no mas
acaban de darme cuenta
de que al fin su majestad
aceptó la dimision.

Cenon. Pues tú no te has de apurar
por ese cambio.

Luis. Ese cambio
va á costarme un dineral,
puesto que juego á la alza
y los fondos bajarán.
Además hay varios créditos
contra mí. Mi capital
empleado en un periódico
que sin importancia ya
tendrá que morir mañana,
ya casi perdido está;
y comprometido y mucho
como lo estoy además
en pró del bando caido,
mi influencia seguirá
probablemente las huellas
de mi perdido caudal.

Cenon. Pues, hijo, cómo ha de ser?

Luis. Yo...

Cenon. Paciencia y barajar.
Ahora me voy á mi cuarto
un momento y ya verás
la que se arma.—Muchacho! (*A un criado.*)

Criado. Señor...

Cenon. Vé al punto á buscar
á la señorita Clara,
y di que la espero ya

en mi gabinete, que entre
por la puertecilla... estás?

CRIADO. Sí, señor.

Pues vé al momento. (*Vase el criado.*)
Ahora, morir ó triunfar. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LUIS.—A poco ELISA Y LA MARQUESA.

LUIS. Con mil temores batallo,
y es mi angustia por demás;
dudo de Elisa y por Dios
que no quisiera dudar.

MARQ. Luis! (*Entrando con Elisa.*)

ELISA. (Su rostro severo
me infunde un miedo mortal.)

LUIS. (No puede caber el crímen
bajo tan cándida faz.)

MARQ. Yo no sé lo que sucede,
mas todas las gentes van
dejando nuestros salones
y es tan temprano!...

LUIS. Sabrán
que ha caido el gabinete,
que yo nada valgo ya,
y se irán á otros salones
á concluir de bailar.

ESCENA XIII.

DICHOS.—CARLOS.

CARLOS. Señores...

LUIS. (Montero aquí?)

CARLOS. Ustedes dispensarán
si he venido á molestarles.

LUIS. A molestarnos? No tal.

MARQ. (Si vendrá con la embajada?)
CARLOS. Sin duda que extrañarán
que á tal hora y en tal dia
venga de un asunto á hablar
en el que estriba, señores,
toda mi felicidad.
Marquesa...
ELISA. (*Con ademan de marcharse.*)
Si usted permite...
LUIS. Yo tambien... (*Idem.*)
CARLOS. Iba á rogar
á ustedes que me escuchasen.
ELISA. En tal caso...
LUIS. Bien está.
CARLOS. Solo las malas acciones
nos deben avergonzar,
y la demanda que hoy traigo
es una demanda tal,
que hace de temor y orgullo
mi corazon palpitar.
MARQ. Hable usted.
CARLOS. Marquesa, yo
ante el rostro angelical
y las gracias de Clarita,
que es tesoro de bondad,
no he podido contener
á mi corazon y...
MARQ. Ya!
la ama usted.
CARLOS. Con toda el alma.
MARQ. (Hay atrevimiento igual?...)
Pues lo siento...
LUIS. (*Que al oir la declaracion de Cárlos ha pasado al lado de Elisa y la dice bajo.*)
Elisa mia...
perdon!
ELISA. Te quieres callar? (*A Luis.*)
MARQ. Hoy hé otorgado su mano
á un hombre muy principal.
CARLOS. No lo dudo. Pero Clara...
MARQ. Clara me obedecerá.
(*Señalando al vizconde que entra por el foro.*)
Aquí tiene usté á su esposo.

CARLOS. En ese caso...
(*Saludando con ademan de marcharse.*)
CENON. (*Saliendo con un pliego en la mano y seguido de Clara.*)
Alto allá.

ESCENA XIV.

DICHOS.—CLARA.—DON CENON.—VIZCONDE.

CENON. Clara en este documento
que entrega á mi probidad,
pide que la autoridad
la ayude en su casamiento.
Los dos, con cariño fiel
(*Señala á Cárlos y Clara.*)
se quieren y es compromiso...
si usted no da su permiso,
van á pasarse sin él.
Pues como ella cumplió ya
los veinte y uno hace un mes,
se casa dentro de tres
aunque se oponga mamá.
¿Con que diga usted en fin
se quiere escándalo ó no?
MARQ. Pero es cierto, Clara?
CLARA. Yo...
VIZCOND. (Oh! qué intriga tan ruin!)
ELISA. Mamá! (*Suplicante.*)
LUIS. Señora...
MARQ. Es en vano.
CLARA. Anda. (*Con zalamería.*)
MARQ. No debí ceder...
mas si á la fuerza ha de ser...
VIZCOND. Bien; yo renuncio á su mano.
(*Don Cenon une á Cárlos y Clara.*)
MARQ. (Va á consagrar sus desvelos
á quien nació entre percarles.
¿Qué dirán los animales
del blason de mis abuelos?)
CENON. (El vizconde está en un brete.)

VIZCOND. Señores... (*Saludando.*)
CENON. (*A la marquesa que parece reconvenirle.*)
Si ellos se aman...
VIZCOND. Me voy. Creo que me llaman
para formar gabinete. (*Vase.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—Menos el VIZCONDE.

CENON. Ahora ya estareis contentos.
(*A Cárlos y Clara.*)
Y tú? (*A Luis.*)
LUIS. Padre... avergonzado
de haber un punto abrigado
tan villanos pensamientos.
ELISA. Luis...
CENON. Ea, no hay que hablar.
Tu fortuna compromete
el cambio de gabinete,
pero no te has de apurar.
Él tambien nos ha servido
para darte á conocer
en lo que debes tener
á ese mundo fementido.
Como yo soy rico, espero
que no tengas desazon,
pues no es cara una leccion
que sólo cuesta dinero.
Vendreis al pueblo conmigo...
en él dichosos sereis,
y en mí siempre encontrareis,
no un padre, sino un amigo.
Con respeto allí me ven
y os verán con distincion;
qué dice usted? (*A la marquesa.*)
MARQ. Don Cenon,
que es usté un hombre de bien.
CENON. Tú pronto conseguirás (*A Luis.*)
mirar con desden profundo
estos usos del gran mundo,

que son farsa nada más;
y aunque es nombre poco hueco,
dejando el de tu mujer,
allí volverás á ser
Moratilla, á palo seco;
que el título que en Elisa
quizá su alcurnia denote,
en tí me parece un mote
que causa desprecio y risa.

MARQ. También yo allá quiero ir.

CENON. Yo tendré dicha sin tasa
al ver á usted en mi casa.

ELISA. Y cuándo hemos de partir?

CENON. Mañana mismo; y me fundo
en que, á poderlo lograr,
me he propuesto no pasar
otro dia en el gran mundo.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Pobre importuno...

Un tenor, un gallego y un cesante.

Una comedia más.

La piedra de toque.

No mateis al alcalde.

¡El rey ha muerto!... ¡Viva el rey!

Un dia en el gran mundo.

Títulos de las obras.		Nombres de los autores.	Precios.
Las bodas de Juanita.	Libreto.	Luis de Olona.	4
Los dos ciegos.	Idem.	Luis de Olona.	4
Pablito.	Idem.	Idem.	4
Por un paraguas.	Libreto.	Luis García Luna.	4
	Música.	Lázaro Nuñez-Robres. . . .	140
Un estreno. (Monólogo).	Libreto.	José D'araujo.	2
EN DOS ACTOS.			
Bruschino.	Libreto.	Sres. Olona y Pina.	6
De incógnito.	Idem.	D. Carlos Frontaura.	6
	Música.	Sres. Giosa y Cepeda.	300
El postillon de la Rioja.	Libreto.	D. Luis de Olona.	6
El resucitado.	Libreto.	Luis Rivera.	6
	Música.	Tomás Gonzalez Yañez. .	280
Entre mi mujer y el negro. . . .	Libreto.	Luis de Olona.	6
La cola del Diablo.	Idem.	Idem.	6
EN TRES Ó MAS ACTOS.			
Amor y misterio.	Libreto.	D. Luis de Olona.	8
Amor y arte.	Libreto.	José Zorrilla.	8
	Música.	Joaquin Balart.	360
Amar sin conocer.	Libreto.	Luis de Olona.	8
Catalina.	Idem.	Idem.	8
Campanone.	Libreto.	Sres. Frontaura y Rivera. . .	8
	Música.	Sres. Mazza y Di-Franco. . .	360
El arca de Noé.	Idem.	D. Manuel Crescj.	320
El valle de Andorra.	Libreto.	Luis de Olona.	8
El hijo de familia ó el lancero voluntario.	Idem.	Sres. Olona, García Gutierrez y Ayala.	8
	Música.	Varios maestros.	300
El sargento Federico.	Libreto.	D. Luis de Olona.	8
El juramento.	Idem.	Idem.	8
El paraiso en Madrid.	Idem.	Luis Rivera.	8
El secreto de una dama.	Idem.	Luis Rivera.	8
El Caudillo de Baza.	Idem.	Luis de Olona.	8
Galanteos en Venecia.	Idem.	Luis de Olona.	8
Giralda ó el marido misterioso. .	Libreto.	Carlos Frontaura.	8
	Música.	Mr. Adam	400
La embajadora.	Libreto.	Antonio María Segovia. .	8
	Música.	Estranjera.	400
Los Piratas.	Libreto	Luis Rivera.	8
Los Magyares.	Idem.	Luis de Olona.	8
Los Circasianos.	Idem.	Idem.	8
Mis dos mujeres.	Idem.	Idem.	8
Un viaje alrededor de mi suegro. .	Idem.	Luis Rivera.	8
OBRAS.			
Comentarios del emperador Carlos V.		D. Luis Olona.	16
Historia de la música española (4 tomos).		D. Mariano Soriano Fuertes.	100
Ecos nacionales.		D. Ventura Ruiz Aguilera. .	12
Veladas poéticas.		Id.	6
El beso de Judas.		Id.	6

Las tres obras anteriores, juntas, 16 rs.

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.